

LAS ANTILLAS,

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

DIRECTORES:

D. Matias Ramos y D. José Feliu y Codina.

Año 1.

El carácter de esta REVISTA admite todas las manifestaciones de la opinion. La especial de sus directores y redactores constará siempre bajo su firma particular ó la colectiva de *La Redaccion*.

BARCELONA.

10 DE OCTUBRE DE 1867.

Núm. 21.

De los artículos de esta REVISTA solo podrán ser reproducidos, haciendo constar su origen, los científicos y políticos, pero no los literarios.

ADVERTENCIA.

Desde esta fecha cesan de figurar como directores de esta publicacion, los señores D. José Coll y Britapaja y D. Manuel Corchado, el primero á causa de su próximo viaje á Puerto Rico, donde establece su residencia, y obligado el segundo por graves atenciones particulares, que exigen exclusivamente sus cuidados.

La nueva direccion, al hacerse cargo de la difícil empresa que desde hoy á sus fuerzas se hallará confiada, descubre en sí misma sentimientos bastantes, para seguir á los señores que hoy se separan, en la senda de patriotismo y amor á lo justo, que ellos emprendieron. Como ellos, se siente la nueva direccion ya que no igual en capacidad, poseida de los mejores deseos y de las mas nobles aspiraciones: á que estos se realicen encaminará todos sus esfuerzos.

Prescindimos de promesas y de profesiones de fé. Nuestros principios se reflejarán en nuestras palabras y estas aparecerán para ser apreciadas y juzgadas en las páginas de «Las Antillas.» Lo que esta REVISTA pretende ser, se verá, pues, por sus propias obras. Juzguen nuestros lectores. Solo sí, consignamos ahora, que firmes é inalterables en nuestros principios, antes preferiremos el suicidio, que ceder á la inconsecuencia.

Introducimos en la forma de nuestra publicacion, algunos cambios que al ceder en mejora de «Las Antillas», ceden así mismo en bien de nuestros suscritores. El tipo de la impresion, mas compacto, permitirá introducir en el mismo espacio, mayor texto, y procurando, como vamos á procurar, la amenidad en lo que publicamos, será esta una verdadera ventaja. Adornaremos tambien las páginas de la REVISTA, con grabados, que ilustren el texto, y haremos, finalmente, cuantas innovaciones creamos conducentes á probar nuestro

buen deseo y nuestro afan en pró de la empresa, que hoy tomamos para nosotros.

Aunque convencidos de que los sentimientos patrióticos de los hijos de las Antillas españolas, no nos dejarán abandonados en la demanda, sabemos tambien que los medios de muchos no les permiten poner por obra, lo que en sus ánimos sienten; para hacerles, pues, menos costoso el sacrificio y mas ventajosa la proteccion que nos dispensen, y al mismo tiempo para mover á los tibios, pensamos ofrecerles por via de regalo y sin aumentar el tipo de la suscripcion, diferentes obras de las mas acreditadas que vayan apareciendo, voluminosas todas y relativas á los asuntos que mas hayan de interesar á los lectores de «Las Antillas.» Para dar principio á esta idea, estamos en tratos con una empresa editorial de la corte, para poder dar próximamente, «*La historia de Méjico*», escrita por el reputado escritor D. Pedro Prúneda, y que empieza ahora á ver la luz pública.

En suma; creemos dejar manifiestos nuestros propósitos, que se reducen á los siguientes: nosotros nos esforzaremos por cumplir para con nuestra patria y para con nuestra conciencia.

LA DIRECCION.

LA CUESTION DEL TRABAJO EN PUERTO-RICO.

Tan influyente la causa del trabajo sobre los pueblos, como fecunda en problemas que resolver, es fuerza prestar sobre ella una atencion incesante, como tambien estudiarla en todos sus aspectos, dejando resueltas todas las cuestiones que se presentan, engendradas por ella.

Así ha influido en nuestros estudios y pretensiones sobre Puerto-Rico, y así han ido inspirándonos su importancia y fecundidad, diversos artículos que han ocupado nuestras columnas, en tratar todas las cuestiones que con la del trabajo en Puerto-Rico se relacionan. Pero la necesidad ur-

gente que en aquel país se observa, de que el trabajo se organice, nos mueve hoy á dar término á esta debatida cuestion, presentando agrupadas todas cuantas ideas hemos espuesto detalladamente acerca de la misma: no es un estudio fecundo, si no se llega á la aplicacion de lo que por su medio se ha descubierto, y poco vale una declamacion, poco la misma indicacion de un remedio, si este no es oportuna y sábiamente aplicado.

No decimos esto por nosotros que solo con nuestros buenos deseos en pró del suelo puerto-riqueño, podemos contribuir á su bien; decimoslo, porque al par de nosotros ha dedicado su atencion á las necesidades del trabajo puerto-riqueño, quien puede con mano segura y fuerte, hacer en él cuantas mejoras importe introducir. El gobierno metropolitano ha hecho de la presente una cuestion privilegiada, concediéndola justamente una trascendencia que no es dado desconocer. Nosotros esperamos que al fin se llegará al bien deseado, que las inspiraciones de inteligentes enviados de aquel suelo, unidas á los buenos deseos del mismo gobierno, dejarán cumplidamente satisfechos los deseos de todos los que por esta cuestion se interesan y las ineludibles revelaciones de una ley económica, que á la produccion preside.

El punto capital del problema, lo que ha de ser clave de su acertada resolucion, lo que tenemos para nosotros que ha de ser base en que descansa el sólido edificio que se pretende levantar, es la relacion perfectamente establecida y declarada que ha de existir entre el trabajador y el propietario ó capitalista. Indudablemente, cuando entre el obrero y el dueño ó empresario exista una legislacion protectora de los derechos de ambos, que reconozca la dependencia en que mutuamente se encuentran, que eleve á todos y no supedita á uno, que deje, finalmente, á cada uno la libertad natural en su respectiva esfera de accion, entonces se habrá dado el primer paso hácia el desarrollo del trabajo en Puerto-Rico.

Trátase, pues, ante todo, de mejorar y dejar asegurada la suerte del trabajador libre en aquella antilla. Pero de un modo tal, que sea verdadera actividad la que se le conceda, no movimientos forzados, no laboriosidad ficticia, dibujada, pero no impresa en la fisonomía del trabajador libre de aquella isla.

Un digno comisionado por Puerto-Rico, nuestro compatriota D. Manuel Zeno, ha hecho acerca de este objeto numerosas é importantes observaciones, en que ha demostrado bien, cuanto es su celo y buen deseo por mejorar la condicion del bracero puerto-riqueño: todas cuantas reformas aconseja y pretende se hallan encaminadas á conseguir este cambio favorable, segun su modo de sentir y segun la particular apreciacion que de su criterio ha merecido la actual situacion del trabajo. Nosotros, que al paso que consignamos con todo desinterés y justicia, los rectos sentimientos del señor Zeno, militamos por lo que á principios hace, en campo muy opuesto al suyo, no creemos acertadas las medidas por él propuestas, porque no han de encaminarle al logro de su buen propósito.

Ya hemos sentado el objeto primordial á que ha de encaminarse la reforma: dar al jornalero todo el desahogo é independencia necesarios, para que el obrero libre goce realmente de esta última cualidad, y no sea al fin su estado una simple modificacion de otro estado mas triste y menos envidiable.

No entraremos en refutaciones, que por otra parte no nos serian del todo posibles, ni tampoco estimaríamos razonadas; vamos tan solo á reducirnos á la mera esposicion

del sistema, que por mas encaminado tenemos al fin que dejamos citado.

Harto desautorizados se hallan, para que nadie crea en su bondad, los sistemas de organizacion que para el trabajo han inventado las escuelas socialistas de otros tiempos. Las doctrinas de Saint Simon y los suyos, las de Fourier y las de Fichte se han perdido entre la atmosfera de las utopias, que fueron hijas de los primeros años de nuestro siglo; y no fueron tan solo estas exageraciones las que en el olvido perecieron, sin haber alcanzado práctica perfecta, sino tambien con ellas, todas cuantas atribuian al Estado y á la colectividad, mayor intervencion en el trabajo, de la que naturalmente le corresponde. Ya se comprenderá, pues, que nosotros no apoyamos, ni creemos acertadas todas aquellas tendencias encaminadas á que el Estado sea el dispensador de la actividad humana, sobre un suelo necesitado de trabajo. Ahora se atiende exclusivamente á la riqueza del país, ahora, obrando mas humana y generosamente, se enlace á la de la riqueza la causa del pobre jornalero, falto de condiciones, es imposible alcanzar frutos sazonados, si se prescindie del hombre, en lo que toca á la voluntad, y solo se cuenta con él para la funcion pasiva, para el trabajo no diremos forzado, pero sí impuesto.

No sabemos hasta que punto asiste á una sociedad, el derecho de fiscalizar la vida de sus miembros, en tanto no la den ellos títulos suficientes á motivar aquel derecho: ni sabemos tampoco como favorece tal derecho el desarrollo de la dignidad humana, del noble contento, de la tranquila expansion que animan al trabajo, y le prestan fuerza y perfeccion; no sabemos, por fin, como puede recibir el título de organizacion, aquella que se funda en tan incierta base.

En Puerto-Rico existieron disposiciones en tal concepto establecidas, y sucedió lo que debia; ningun fruto produjeron, y ni aun pudieron conservarse en vigor, porque las costumbres, esos críticos severos de toda ley, no las dieron su sancion, antes bien las entregaron prontamente al olvido y al desuso.

Pero puesto que tal suerte las cupo, -y otra mejor no las espera, porque no hallan apoyo en esfera alguna, ni entran por nada en los mas opuestos sistemas hoy dia en estudio, -dejemos ya de ocuparnos en ellas, y detengámonos en otras, proyectadas ó propuestas, que no por haber conseguido mejor fortuna y mayor apoyo, nos han de parecer á nosotros mas acertadas.

Ocupa en primer lugar la mente de algunos reformadores, una idea, por lo exagerada, funesta y denigrante para Puerto-Rico; en esta idea fúndase un plan, que ni es el justo, ni el conveniente, cuando del hombre y del trabajo se trata. No existe para ellos otro motivo, ni tropiezan con otro obstáculo que la vagancia, segun ellos, estraordinariamente arraigada en aquellos suelos. A ella se debe la mala condicion del jornalero, á ella la escasez de la produccion, á ella la imperfeccion de los productos: y á su desaparicion debe tender exclusivamente el reglamento que se establezca, sobre la vagancia es preciso legislar, y una vez esto alcanzado, ya está salvada la valla, ya existe el trabajo en Puerto-Rico, ya no hay que temer de su mala organizacion.

Sepamos ante todo, si la vagancia, ese estigma que sobre el nombre de aquella isla se ha grabado, es un hecho realmente amenazador y que retrate el carácter y tendencias de aquel jornalero. Es el clima, segun opinion de muchos, lo que da lugar á esa inercia que se deplora, son las

condiciones de aquel suelo las que convierten en vagos á sus hijos, y los mismos que tanta influencia en el clima reconocen para crear, olvidan que ha de tener la misma fuerza, para conservar: á ser cierto, pues, lo que tantos aseguran, á creer que es la fuerza del país la que engendra tales males, no quedará mas partido que someterse á la naturaleza y renunciar con sentimiento, á la esperanza de que el trabajo, llegue en Puerto-Rico á ser fuente de verdadero esplendor. Pero los satélites de Montesquieu andan equivocados, como equivocado anduvo aquel célebre publicista, y en ningun país del mundo es la primera causa de los hábitos y carácter del hombre, las condiciones del clima en que este habita. Si es así, otras serán en Puerto-Rico las causas de la vagancia que en él se pretende observar; nosotros que no creemos en el mal, no vamos á esforzarnos en descubrir el remedio; nos ocuparemos mas bien, en demostrar como no es patrimonio de Puerto-Rico, este mal tan deplorado, y como sus proporciones no son las exageradas que erróneamente se le han atribuido.

En efecto, hasta ahora no ha dejado de realizarse una sola empresa, pública, ni particular, por falta de trabajadores. Todo el que en Puerto-Rico ofrece trabajo, puede repartirlo, si lo paga: los mismos propietarios, aun los mas partidarios del privilegio, no carecen de braceros, que á trueque de su propio bienestar, aceptan el trabajo, que tan malamente se les retribuye. En muchas ocasiones aventaja á la demanda, la oferta de brazos libres para el trabajo. Y si así es la verdad, ¿dónde existe esa plaga disolvente de la vagancia que entorpece el trabajo en la isla, dónde las grandes proporciones de ese mal que apenas se descubre, que no es entorpecimiento á la produccion y que no sobrepuja á la laboriosidad de tantos seres trabajadores por inclinacion y por hábito? Recórrase el espacio de esta misma isla, que tan gratuitamente se calumnia, y ella ofrecerá al ánimo incrédulo, pruebas suficientes de que sus naturales trabajan, cuando se les ofrecen condiciones para ello: caminos, edificios, produccion vegetal son debidos al esfuerzo de los hijos de Puerto-Rico. Y si no se cree en los hechos, atiéndase á la cifra, mas elocuente todavía: dígame como puede un pueblo, cuyas fuerzas se pierden y estancan en la inmovilidad, arrojar en el término de cincuenta años, el siguiente cuadro de pujante desarrollo. Desde el año 1816 hasta el de 1865, la riqueza ha progresado sin interrupcion, y á pesar de las fuertes causas que la disminuyen é interrumpen, ha llegado á pasar del cuádruplo; los productos han sido mas rápidos, puestos que alcanzan al quíntuplo. Hé aquí las pruebas:

Años.	Poblacion.	Riqueza.	Productos.	Contribuciones actuales.
1816	220,802	14.546,911	2.059,932	»
1827	»	33.558,648	3.529,663	»
1833	358,836	49.673,242	6.902,042	»
1844	443,139	57.867,734	8.935,794	»
1860	580,329	»	»	»
1865	»	62.986,991	10.296,179	4.294,294

Tan brillantes y favorables datos acusan palmariamente un hecho elocuente, el aumento rápido y considerable de la poblacion, hecho imposible en un país no productor, donde las fuerzas decaen y las generaciones se debilitan, en lugar de fortalecerse. Callamos, porque fuera prolijo, la enumeracion de otras deducciones, que el mas simple estudio de las precedentes cifras hace accesibles á la mirada menos esperta.

Basta ya lo que dejamos dicho, para sentar que la vagancia no pasa en Puerto-Rico de ser el hecho excepcional de todos los países, y que si es un vicio deplorable en el hombre, no es por cierto un rasgo alarmante en la fisonomía del país.

¿A qué se aspira, pues, con un reglamento de vagos, ya sean sus disposiciones preventivas, ya penales? Si el mal no está aquí, ¿por qué aplicar aquí el remedio? En el jornalero honrado y laborioso, y aun en aquel que olvida el trabajo no por desidia, sino por desaliento y que no se cree por lo mismo vicioso de vagancia, ¿qué efecto han de producir unas disposiciones en que no se verán comprendidos? No cabe otro extremo: siendo insignificante el número de vagos, ha de provenir de otras causas, lo mala suerte que al trabajo se atribuye en Puerto-Rico, que realmente prueba, con grave daño de este país; ha de ser por algun defecto general á todos los habitantes, y no reducido á un corto número de vagos, y una ley que sobre estos recayera, no podría destruir los defectos que se pretende esterminar.

Por otra parte, aun siendo mas general la plaga, no veríamos nosotros el camino de su esterminio, si á él se nos condujera por un reglamento. No es posible la fuerza, antes bien importa la persuasion; no es el brazo el que ha de ser movido, es el ánimo; y el ánimo se mueve disponiéndole á obrar y rodeándole de todas las satisfacciones que el hombre necesita. Satisfaccion en sus actos, primero, garantías de sus resultados, despues: hé aquí, en nuestro sentir, el verdadero medio de engendrar al hombre trabajador, tal cual la índole del trabajo le reclama y segun á la causa del progreso humano corresponde.

Al rechazar, por inconveniente é injusta, la legislacion sobre la vagancia, como medio de fomento de la actividad humana, ya se adivinarán incluidas en nuestra refutacion otras ideas, hermanas de la que nos ha ocupado, y que como esta, convierten al Estado en empresario de industria, en director general del trabajo de sus miembros, abandonando las fuerzas individuales y la dignidad humana como resortes inútiles para conseguir el fruto codiciado. El trabajador sujeto por otros lazos que no sean los naturales, y dependiente del colono por otras razones que las nacidas de sus mútuas relaciones, no puede jamás llegar á ser la causa del bien y de la riqueza de un país. El trabajo podrá así, tomar creces y seguir pujante, mientras la mirada perspicaz del gobierno, cele porque no se descuiden sus jornaleros, pero esta vida ficticia cesará de improviso, apenas aquel ojo avizor se halle distraido en otras atenciones, que mejor le pertenecen y á las cuales mas se debe.

Abandonado, pues, semejante sistema, busquemos otro que mas convenga al desarrollo de la riqueza en Puerto-Rico, conseguida por su causa única, el trabajo. ¿Será, por ventura, el sistema de inmigraciones, en el cual tanto han esperado é insistido ciertos ánimos? ¿Será este sistema, que por favorecer la suerte del indígena apela al medio de prodigar favores y fortuna á seres estraños, y que lamentando la existencia de obstáculos, trata de removerlos, oponiendo obstáculos nuevos? Poco esperamos nosotros del sistema de inmigracion, y en las columnas de esta REVISTA dejamos ya manifestado nuestro parecer acerca de él. El indígena se descubriría prontamente, huésped en su propia casa, segun espresion vulgar, y su suerte lejos de haber mejorado, quedaria empeorada de un modo irremediable; se veria desalojado de su propio suelo, le seria imposible una competencia que no ofrecería términos hábiles, puesto que tendria que

luchar contra una preferencia injustificada en favor de los extraños, y así, el suelo patrio tal vez diera riqueza, pero nunca felicidad. No: ¿tratamos de enriquecernos á toda costa, ó de aunar sabiamente la causa de la producción con la del productor? Y si tan solo esto último se halla en lo justo, procúrese investigar en otras esferas, que estas no faltan, ni dejan de ofrecer mas satisfactorias soluciones.

El bracero puerto-riqueño lucha actualmente con gran número de inconvenientes que le impiden ser el trabajador útil, que á aquella isla conviene: así, pues, no está en él la razón de su defecto, está en lo que le rodea.

Carece, en primer lugar, de nociones las mas simples, acerca de su propio valer, fáltanle afecciones cuyo estímulo modifique sus tendencias, no experimenta necesidades regeneradoras que le impulsen al trabajo. Y aun vencidos tales obstáculos, una vez trocada su naturaleza de primitiva en civilizada, tropezaria con otro orden de entorpecimientos, que no dejaran á su actividad todo el campo que la es necesario, ni que fructificase tan rica y espontáneamente, como es de su esencia: faltan al trabajo de Puerto-Rico, elementos materiales, que traducidos unos en medios de producción y otros en garantía de sus resultados, secunden los esfuerzos del hombre, impotente por sí mismo, poderoso y fuerte si con algun auxilio cuenta.

Fijémonos, pues, atentamente, en el cuadro tan poco halagüeño que ofrece el trabajo en Puerto-Rico; tan solo conociéndole bien, será posible que demos con los medios de transformarle en otro, mas lisonjero y mas perfectamente trazado. El jornalero, por su parte, no ofrece otra condicion que la de sus fuerzas: su inteligencia duerme, porque no aprendió, su emulación no existe, porque ni sabe de dignidad humana, ni experimenta necesidades que no pueda satisfacer; es, en una palabra, un instrumento productor, que cede á los movimientos que le imprimen, como pudiera una máquina pesada y torpe en su marcha fatal é inevitable. El trabajo carece de la fuerza propulsora que le han comunicado en todas partes el estudio, la meditacion y el afan por alcanzar ventajas y comodidades. Por último, el propietario rural pugna siempre con inconvenientes hasta ahora invencibles, y que continuarán siéndolo, si una legislación sabia no llega á oponer valla á tantos y tan graves males.

Ahora bien, dada semejante situacion, ¿cuál será el alivio que se la procure, como transformarla en otra mas risueña? Muy á la mano de nuestro gobierno se halla, el imprimir á las actuales circunstancias un cambio favorable, y de cuya saludable fecundidad no cabe tener duda.

Importa, antes que todo, hacer del hombre que es hoy autómatas, un ser moral, logrando que su naturaleza noble se refleje en su ánimo y en sus actos, importa difundir la mas completa instruccion, que tantas veces ha sido invocada, que tantas esperanzas engendra y en la cual tanto esperamos nosotros, con todos los que su trascendencia conocen. Dispertado así el elemento moral de aquellos habitantes, combinaríase pronto y acertadamente con el económico; la dignidad de sus actos y el conocimiento de su valer le impulsarian junto con la necesidad racional y el interés bien entendido. Hé aquí dado el primer paso, para que tras él fueran eficaces todos los que por esta via se fueran dando.

Porque dispertado el elemento moral en el trabajador de Puerto-Rico, débese acudir pronta y solícitamente á rodearle de elementos materiales, que le conviden al trabajo y le satisfagan con la seguridad de sus promesas. Si se

quiere fundar en el interés propio, el aumento y desarrollo del trabajo, créese este interés, que facilidades existen para ello. Posee el Estado en aquella isla, grandes extensiones de terrenos, hoy dia incultos, y que seguirán probablemente en tal estado, mientras un interés particular no los roture y cultive. El Estado, pues, no haria sacrificio alguno, si, repartiendo estos terrenos á los naturales de aquel país, daba lugar al nacimiento de una numerosa propiedad, que bien pronto remuneraria con sus rendimientos, la cesion que les hubiera sido hecha. Junto á esos terrenos, que son propiedad del Estado, se hallan otros de particulares, ricos propietarios, que por causas diversas dejan de cultivarse, siendo la principal de todas ellas, el gravámen de tener que empezar las roturaciones, bajo el peso de los actuales impuestos. Esos propietarios, sin sacrificar en lo mas mínimo sus intereses, antes bien atendíendolos, podrian bien ceder esos terrenos en pequeñas porciones, mediante el pago de un cánon anual: este fuera otro medio eficaz de dar nacimiento y desarrollo al interés privado que, á la luz de la ilustracion y de la virtud, es la clave del poderío de los pueblos.

Pero al hacerse tales particiones, pudiera muy bien tropezarse con el grave inconveniente de la pobreza de los favorecidos. No se les escasee en tal ocasion, la proteccion con que se les brinda: séanles procurados útiles, semillas, habitaciones y cuantos medios han de conspirar á la transformacion pretendida. Déjeseles sin embargo obligados: no sea la proteccion concedida en son de limosna, y sí tan solo con el carácter de un préstamo, que ha de dejarles agradecidos y no humillados.

Secúndese luego tan acertado proceder, con la dispensa no menos acertada, del pago de contribuciones, por un espacio de tiempo que puede fijarse en relacion con el terreno cedido. Añádase á esto la rebaja de las mismas, en tanto cuanto permitan las necesidades de aquel país: y el trabajador se elevará regenerado sin tardanza y sin negar, antes bien prodigándolos, todos los beneficios de un paso tan acertado, conveniente y justo, como el que hemos citado.

Una vez formado el trabajador, legislese sobre él trabajo; pero no por medio de reglamentos, ni tampoco dictando disposiciones inmediatas, dirigidas á crear relaciones y dependencias. No, las relaciones en todos los actos de la vida, brotan de los mismos, y solo siendo naturales y libres son justas y oportunas. No así debe un gobierno influir sobre la riqueza de un país que administra, sino dictando medidas de fomento, estableciendo caminos y comunicaciones de toda especie; creando centros que pueda el comercio emplear para sus contrataciones, moderando los impuestos y atendiendo, por fin, á todo lo que en una nacion puede ser fuente de prosperidad, de paz y de adelanto.

¿Quién duda que así, llegará el trabajo á ser fecundo y acallará con sus beneficios, las quejas de hoy, acerca de su abandono? Nosotros esperamos ver remediada la necesidad que hemos estudiado con todo el acierto posible; y creemos habrá sido con todo el celo y todo el estudio, examinada por los cuatro señores, que han sido dignos comisionados de Puerto-Rico cerca del gobierno central.

Si tal resulta ser cierto, á ellos por sus inspiraciones y al gobierno por haberlas atendido, deberá Puerto-Rico gratitud y buen recuerdo. Esperemos para ello, al planteamiento de las medidas, que se hayan estimado oportunas: ellas nos enseñarán á juzgar.

MATIAS RAMOS.

LAS COLONIAS EN LA ANTIGUEDAD.

ARTICULO PRIMERO.

I.

En todos tiempos y lugares, desde los mas remotos períodos históricos y en los mas apartados confines del mundo, se ha sentido la imperiosa necesidad de estender las relaciones amistosas y comerciales que, facilitando el cambio mútuo y la salida de los productos, han ido enlazando á unos pueblos con otros, por medio de estos vínculos; que no por ser hijos del interés privado, dejan de tener una gran fuerza de cohesión, contribuyendo á realizar el supremo fin, por Dios grabado en el corazón del hombre, de unirse con sus semejantes para alcanzar el perfeccionamiento comun. No bastan y de ello son una prueba la historia y la filosofía no bastan los móviles afectivos para mantener unidos y enlazados entre sí á los hombres; no basta el interés moral para acercar, unir y trabajar para hombres que no se conocen y que tal vez jamás se conocerán; no basta para realizar semejante fenómeno, este móvil de tanta fuerza, porque no es el único que impera en el corazón humano; al lado del mismo encontramos el utilitario que es legítimo, que es justo por ser obra divina, sin cuyo auxilio no podríamos llegar á realizar ciertos fines, de imposible realización para el solo móvil moral. No se diga que este debe ser el único que impere en la humana naturaleza, no se pretenda negar el poderoso y legítimo influjo del móvil utilitario, por que esto seria negar lo innegable, seria blasfemar de la sabiduría del Omnipotente que, al dotar con ambos al corazón humano, permitió que ambos fuesen los medios con que pudiera este perfeccionarse, que ambos fuesen los faros que le alumbrasen, en su corta y mundana peregrinación. Al impulso, pues, de tan poderosa influencia, lanzanse los pueblos á aventuras, recorren tierras lejanas, se acercan á otros pueblos, contraen mútuas relaciones, satisfacen mútuas necesidades y van ellos mismos sin sospecharlo, construyendo y eslabonando los anillos de la cadena de la civilización.

Pero los pueblos al sentir este impulso hacia extrañas relaciones, no siempre se han contentado con el cambio mútuo de sus productos, ni con las ventajas que en el mero hecho de estender su comercio, podían reportar; movidos por el egoísta interés, dominados por la idea del lucro, han procurado establecer el monopolio en sus relaciones, á fin de aprovechar para sí solos, los productos que en los nuevos países descubrieran. De aquí que todos los pueblos, sin exceptuar uno en el largo catálogo que de ellos nos ofrece la historia, han pretendido y aun logrado, mas ó menos tarde, dominar á otros que, ó mas débiles ó mas atrasados, han aceptado este yugo con la esperanza y el propósito de romperlo á la primera ocasión oportuna. Esta idea de dominación, tan antigua como el mundo, ha sido, pues, la que ha venido á servir de base y fundamento á las relaciones políticas y comerciales de los pueblos civilizados con los que no se encontraban á su grado de cultura. Escusable puede ser esta idea en los pueblos antiguos, que en medio de su escasez de ideas y sin haber abierto sus ojos á la luz del Evangelio, no consideraban, ni podían considerar á los demás pueblos sino como enemigos; como á tales los trataban, recibiendo de los demás el mismo trato. Si esta idea de dominación era la única que servía de regla

las relaciones entre los pueblos mas adelantados, se comprende sin esfuerzo alguno, como debían realizarla cuando se trataba de pueblos débiles y atrasados: apoderarse de ellos, esplotarlos, esclavizarlos, en fin, eran, por decirlo así, los únicos medios civilizadores de los antiguos; no diremos que no se encuentre alguna excepción, en las relaciones de los pueblos antiguos, pero con decir excepción, creemos haber ya expresado lo que constituía la regla general; excepciones honrosas se presentan, y no podremos menos de dedicarlas algunas renglones en el lugar oportuno de nuestro trabajo.

A impulsos de tales ideas y llevando siempre en la mente el pensamiento de dominación, estendieron los antiguos su escasa cultura y desarrollaron su sistema de colonización, vicioso en extremo, como hijo de la pobreza de ideas de que los mismos adolecían.

Si nos detenemos ahora á analizar, aunque sea ligeramente, las causas de desarrollo de las colonias, encontraremos que son las mismas en todos los pueblos, é idénticas en todas las edades. No hay duda, que entre estas causas se presentan algunas muy justas y por lo tanto muy atendibles, pero en cambio se encuentran otras, que no pueden dejarse pasar, sin lanzar sobre ellas el estigma á que son acreedoras.

Vemos por lo comun, que los pueblos mas aficionados á la colonización son los marítimos, ya porque parece convidarles á lanzarse en busca de lejanas tierras, la ancha extensión de mar que á sus ojos se presenta, ya porque ven la tierra que habitan, limitada y ceñida por el agua que incessantemente la invade, ya, en fin, porque la presencia continua de este temible elemento, les hace fraternizar con él, como un antiguo amigo, y despreciar por hábito sus peligros. Si á estas causas añadimos la de ser muy prolíficos los pueblos marítimos, lo cual les impone la imperiosa necesidad de buscar otra tierra que les alimente; y si aun sobre lo dicho, y como remate del edificio, ponemos el espíritu de empresa, el afán de lucro, la sed de riqueza, tendremos completo el cuadro de las causas, que impelen á estos pueblos á la colonización. No puede dudarse que las espresadas causas, se ofrecen todas muy poderosas y de innegable influjo y tales las reconocemos, proclamándolas, al par de todas, justas, si en el justo medio se detuvieran; pero todas ellas y algunas particularmente, se destacan, desarrollan y vigorizan de un modo tal, que debemos señalarlas como perjudiciales y á su cortapisa dirigirnos, á fin de que dándose en el presente, la oportuna dirección á estos elementos, puedan las colonias purgarse con la experiencia adquirida á costa de los antiguos, de los defectos que en las colonizaciones de estos trataremos de hacer notar.

Sentados estos precedentes generales, necesarios para entrar en el estudio que nos proponemos, vengamos ya al objeto de nuestro trabajo. En cuatro grandes grupos podemos clasificar, por sus distintas tendencias y efectos, las colonias antiguas. Son estos: el 1.º que comprende la colonización Fenicia, el 2.º la Griega, el 3.º la Romana y el 4.º la Cartaginesa. Escusado nos parece decir, que no nos ocupamos en las primeras emigraciones, á favor de las cuales vino á desparramarse el género humano por toda la redondez de la tierra, porque no reúnen estas emigraciones ninguno de los caracteres especiales de las colonias. Damos por sentada y partimos de la base de la fijación definitiva de los pueblos en los países por los mismos escogidos, para examinar la manera, como los mismos vinieron á reproducirse y á ocupar, sin abandonar por esto la patria en que se habían fijado, nuevos países y nuevos territorios en donde

desarrollar su creciente actividad, ó por mejor decirlo, su exceso de vida.

II.

Situado el pueblo Fenicio en la lengua de tierra que se encuentra entre el Líbano y el mar, con un escaso é ingrato territorio que aun en sus tiempos mas florecientes no tenia mas que 150 millas de longitud, por unas 30 escasas de latitud, con anchas calas en la costa y cercada esta por innumerables islas, no le quedó otro recurso para subsistir, para satisfacer las mas precisas é indispensables necesidades, que acudir al comercio, base y fundamento de todas las riquezas. La Fenicia no se dejó al principio alucinar por las ideas de dominacion, únicas conocidas en el mundo antiguo; menospreciando las guerras por instinto, desarrolló por medio del comercio y la industria, los países que los demás pueblos llegaban á conquistar, cuando se hallaban ya reducidos á un monton de ruinas. El comercio fué, pues, la única fuente de prosperidad de la Fenicia y á él debió las fabulosas riquezas, cuya relacion asombra el ánimo y aturde la imaginacion. Su excelente posicion topográfica, colocada en los confines de las tres partes del mundo, le permitia recibir con una mano los productos del Asia y del África, para ofrecerlos con la otra á Europa. El genio emprendedor, activo é infatigable que de la raza arábiga heredaron, les conquistó, por fin, el nombre de los primeros comerciantes de la antigüedad. A la sombra de la paz, que por largos años disfrutaron, y con el desarrollo inmenso de su comercio, compréndese de qué modo creceria su poblacion, y así se realizó, hasta el extremo de no haber, por decirlo así, en el corto territorio que constituia la patria de este pueblo.

Las continuas relaciones con otros pueblos, las necesidades de la poblacion siempre creciente, su situacion topográfica y su carácter, en fin, les lanzaron en busca de nuevas tierras, donde esplayar su incesante actividad. De aquí el origen y nacimiento de las colonias, de aquí el hallazgo de nuevos territorios en los que desarrollar las dotes de comerciante, que ningun pueblo poseyó como el Fenicio. Dados estos caracteres, y en vista de la estension del comercio fenicio, se viene en conocimiento de la necesidad en que el mismo se encontró de fundar y adquirir colonias que fuesen, por decirlo así, la válvula por la que pudiesen dar salida al exceso de vida que sentian. Compréndese, sin que sea menester ningun esfuerzo de la imaginacion, la necesidad en que debia encontrarse este pueblo, que solo del comercio vivia, de buscar nuevos puntos en que poder vender sus productos, al paso que nuevos productos con los que ensanchar su comercio. Esta necesidad, la movilidad continua del mismo, el exceso de poblacion que de la abundancia nacia, desprovista como se hallaba la Fenicia de territorio, les obligó á buscar salida para su siempre creciente poblacion y la encontraron en el recurso de llevarla á playas extranjeras.

Pero esta empresa de colonizacion, llevada incesantemente á cabo por los Fenicios, no obedecia á plan ninguno; hija de la necesidad, solo procuraba el medio de dar salida á la poblacion escedente y como tal, pobre. De aquí que no observemos en las colonias Fenicias, ni un espíritu mercantil, tomada esta palabra en su verdadero sentido, ni mucho menos, lo que debemos aplaudir, el afan de conquista, distintivo de los pueblos antiguos. Limitábanse, como dejamos manifestado, á trasportar á sus hijos á playas extranjeras, sin procurar ligarlos por medio de relaciones amistosas

ni mucho menos, por la fuerza material de la que en manera alguna podia disponer un pueblo que la detestaba. Bien es verdad, que una vez establecidos sus hijos en estos nuevos territorios, conservaban cierta clase de relaciones con la madre patria, pero estas relaciones eran solo las que nacia espontánea y naturalmente, sin que se las diera por parte del gobierno metropolitico, ni un impulso, ni una regla; esfuerzos por otra parte, aislados y, por decirlo así, meramente, individuales no podian producir vínculos fuertes y de cohesion entre las colonias y la madre patria. Dejándose, como es natural, llevar de un interés particular, los colonizadores, sin sugetarse á otra regla que su arbitrio, sin leyes que regularan las relaciones entre ellos y los colonos, convirtiéronse en unos pequeños déspotas, tanto mas tiranos cuanto mas pequeños; abusaron de su posicion, y explotaron á los naturales que en continua rebellion, debian acabar por sacudir el yugo que sobre ellos tan ignominiosamente pesaba.

Esto no hubiera tal vez, acontecido, á ser la colonizacion fenicia hija de un plan preconcebido y madurado, no hubiera acontecido, á fijarse de antemano bien y claramente, las relaciones entre los naturales y los colonizadores; no hubiera tampoco sucedido, á disponer Fenicia de grandes ejércitos y poderosos medios de represion, con los que acallar las justas quejas de las víctimas de su ambicion; pero como este pueblo se distinguia, segun dejamos dicho, por un carácter eminentemente mercantil é industrial, solo á este elemento fiaba la conservacion del orden; la profesion de las armas era menospreciada, por creerla improductiva, hasta tal punto, que aun su propia defensa encomendaban á manos mercenarias, á soldados extranjeros, autómatas, máquinas incapaces de comprender, ni inflamarse en el amor patrio, que es el astro refulgente que guia á las grandes acciones, que infunde valor y conduce á la victoria.

En un principio, dejaba Fenicia á las colonias, abandonadas á sí propias y las destinaba solo á ser pasto de la voracidad y rapiña de sus hijos, que iban á ellas á rehacer, de cualquier modo y sin atender á miramiento alguno, la fortuna que habian perdido ó malgastado; no tardó, sin embargo, en conocer que las colonias podian convertirse en una ruina para el estado, y aquí empezaron, sin que en favor de las mismas se hiciese cosa alguna, las exacciones y tributos del erario, que unidos á los impuestos por los particulares, acabaron con su dominacion y trocándose mas tarde los papeles, llegaron algunas de las mismas de dominadas, á dominadoras, segun veremos al ocuparnos de Cartago.

El pueblo Fenicio distinguióse, pues, por el comercio, y con él y á sus impulsos, fundó y explotó las colonias y engrandeció los horizontes de la civilizacion; las necesidades recíprocas engendraron el cambio mútuo y este rico venero cumplidamente explotado, le condujo á la cumbre de la riqueza y de la fortuna; el mismo menosprecio hácia las armas y los triunfos guerreros, que en otro lugar hemos apuntado como causa final de su decadencia, fué en un principio sumamente provechoso, porque le alejó de las luchas y conquistas materiales ó sea el terreno de la fuerza, para hacerle vislumbrar el medio de vencer, sin acudir al auxilio de las armas, el medio de mantener unidos á sí á los demas pueblos con el único apoyo de la industria, del comercio y de la satisfaccion de las necesidades; vínculos, si se quiere, mucho mas fuertes y cimentados, sobre todo, en bases mas justas y mas duraderas, que las nacidas de la opresion guerrera. Además, las artes de la paz á la sombra

de esta nacen, se engrandecen y estienden su vuelo; el comercio se asusta, aturrulla y amilana al solo anuncio de una guerra, y no podia menos de ser muy provechoso á los Fenicios, su poco estímulo hácia las armas, lo que impedia las turbulencias en el interior y las guerras en el exterior, salvando de este modo, los dos escollos que todo pueblo mercantil ha de tratar de evitar, si quiere vivir y prosperar.

A pesar de no encontrar en las colonias fenicias, las cualidades y condiciones que son de desear y que la esperiencia nos ha enseñado ser indispensables, para que aquellas puedan producir los mejores resultados; á pesar de no ser las colonias que nos ocupan hijas de un plan preconcebido y madurado, sino mas bien nacidas al acaso, no podemos desconocer que produjeron algunos ventajosos resultados: no hay duda que pocos pueblos, como el Fenicio, han reunido condiciones tan aptas para establecer un buen sistema de colonizacion, no hay duda que no aprovechó cual debia estas buenas condiciones, pero aun sentado esto, debemos confesar que sus colonias produjeron bienes materiales y morales, dignos de ser tenidos en cuenta.

Los Fenicios colonizaban donde convenia á su tráfico, construian edificios y ciudades, llevaban á otros países su cultura; fomentando el comercio y la industria, se unian á los pueblos con el vínculo de las mútuas necesidades; desarrollaban con su ingenio y sutileza la imaginacion de los indígenas y les enseñaban, sin sospecharlo, á conocerse á sí mismos y á apreciar las riquezas del suelo, despreciadas antes, por no haber quien las aprovechara; por fin, las relaciones sociales y políticas de estos nuevos pueblos se pulian, perfeccionaban y desarrollaban con el roce y contacto de los Fenicios, mas civilizados que ellos, resultando de lo hasta aquí espresado, que aun sin sospecharlo los mismos Fenicios y creyendo satisfacer tan solo su interés material, favorecian y desarrollaban los grandes intereses morales de la civilizacion.

Damos aquí por concluido nuestro trabajo en lo referente á Fenicia y debemos tan solo hacer notar, que envuelto este país en el misterio de los años y de la tradicion, poco es lo que del mismo puede decirse. Desde aquí vamos á seguir un camino mas conocido y trillado, ocupándonos en otro artículo, en las colonias de un pueblo, cuyas instituciones, leyes y costumbres son de todos perfectamente sabidas y admiradas.

FRANCISCO DE P. ROQUÉ.

LAS BALADAS DE SCHILLER.

Todos los pueblos, -hállese en ellos la cultura en el grado que concedérseles quiera, han tenido y conservan todavía, en gran parte, sus cantos nacionales ó populares, bajo un mismo ó diferente nombre en cada uno de ellos. Asi el romance morisco, introducido y adoptado en España, significa y tiene la misma procedencia y comun origen que los cantos de la Escocia, que las canciones históricas ó eróticas de los bardos germanos, que las conceptuosas trovas provenzales, las inmemoriales sagas escandinavas y las nunca bastante celebradas kasidas árabes, asi como otras inspiraciones comprendidas en el genérico-colectivo nombre de baladas, á las cuales, con especialidad, vamos á referirnos.

Balada, en su literal sentido y etimológica acepcion, viene

propriamente á significarnos *canto de baile*. Y dijose así-segun autores de mas ó menos crédito nos aseguran-á causa de esa costumbre-todavía en uso en la mayoría de los pueblos, y aque decir en todos pareciera atrevido- que consistia y consiste en acompañar con los rítmicos y armónicos acentos del canto, los acordes movimientos de la danza. En la Provenza - donde, como dicen, cúpole en suerte á la balada tener su origen, - hacíase en ella referencia á sucesos puramente históricos y que propenden á la tradicion, guerreros algunas veces; pero generalmente se la dedicaba á esos asuntos eróticos ó amorosos que tanto engalanaron la poesia de la Edad Media. - En otros pueblos, Germania por ejemplo, la balada estaba destinada á recordar en boca del pueblo los altos hechos de armas, heróicas hazañas y anormales acontecimientos que lugar y ocasion tuvieron en tiempos mas ó menos lejanos. Y plugo á sus autores-sean estos uno solo, como el pueblo mismo, sean colectivos ó individuales, que esto es indiferente- añadir una sentencia ingeniosa ó profunda, moral muchas veces, que solia colocarse ora al principio como introduccion ó prólogo preparativos, ora al fin, como resumiendo ó recapitulando la idea total y generatriz del canto, en una máxima como de despedida; finalmente condensando dicho pensamiento en el principio y en el fin, repitiéndola tal como lo veremos en la balada que Schiller intituló *El Conde Eberhard* y que, pluguiendo á Dios, traducirémos en las páginas inmediatas.

El ritmo de la balada era esencialmente musical y cadencioso, pues no á otra cosa precisaba el uso á que destinado era. - La balada en la Provenza era toda armonía, toda cadencia. Pasó esta composicion á Alemania y otros pueblos septentrionales, y aquella armonía y aquella cadencia en la Provenza preponderantes, sin dejar, no obstante, de entrar por mucho en ella, abrieron paso al prestigio del sentimiento que siempre ha hecho vibrar la mas sonora cuerda del harpa de aquellos pueblos. Los provenzales, - en sus baladas - cantaban mas particularmente el amor con todas sus contingencias peregrinas, pues que ese sentimiento, mas que las bélicas hazañas ó históricos hechos, como todas las pasiones entusiastas y exaltantes, tiene mas y mejor cabida en la vivaz inspiracion de los pueblos del Mediodia.

Las baladas germánicas han aventajado y hasta puesto en olvido á las provenzales. - Parece mas antigua la existencia de la balada entre los pueblos del Norte, que entre los de la Provenza. Véase sino el destino de los cantos germanos, bien sean de los bardos (*Barden*) bien de los cantores de amor ó maestros cantores (*Minnesänger* ó *Meistersänger*), entonados aquellos en las solemnidades religiosas de la teogonia sajona, ó estos en las brillantes fiestas de los torneos señoriales. - Encuéntranse en Alemania cantos tan antiguos, como los de *Herman* y *Veleda*, que se remontan á los tiempos de Tácito, y tambien las diversas *Sagas* que, andando el tiempo, coordinadas, contribuyen á formar el poema de los Nibelungen (*Das Nibelungenslied*) y algunas tradiciones flamencas y escandinavas que rayan en lo inmemorial; composiciones todas, que se presume llevaban el objeto de ser entonadas al compás de la danza. - Lo que sí tuvo su origen en la Provenza es el nombre, derivado de *ballar* (danzar), verbo todavía en uso en los dialectos lemosínes y del cual se deriva la *balada*, *ballada*, *balata* y *ballade*, que por todos estos nombres es conocida.

Todo el estenso dominio que en el Mediodia ejercieron el amor y la música sobre la balada, pasó á poder del melancólico y profundo sentimiento, distintivo del génio del frio Septentrion. Allí la balada continuó cultivándose á pesar de las contrariedades políticas por que pasaron aquellos pue-

blos. La balada fué en ellos sustancialmente popular (1). -No sucedió lo mismo en los demás países, especialmente en el Mediodía, donde la artificiosa poesía erudita, señora que sin rival alguno dominaba en el ingenio, sofocaba la ingénuo inspiración de los poetas del pueblo. El cetro de la poesía se robusteció durante mucho tiempo, en manos del exclusivista clacisismo. -Pero á mediados del pasado siglo, la bella mentira de Macpherson promovió las miradas de los críticos y de los poetas, las cuales se fijaron en las antiguas tradiciones, así teogónicas como heróicas, de la Escocia. Sustrajéronlas del olvido, con el fin de comentarlas unos y de perifrarsearlas otros. -Ossian es el completo modelo de esa poesía humilde y cándida, que en los recuerdos y en las leyendas se inspira y tiene exacta cabida en el nombre de *baladas*.

Parece aquí que topamos ahora con una eterna cuestión; la existencia de Ossian... Mas si el bardo escocés existió ó dejó de existir, en nada importa á nuestro objeto. Toda obra supone y prueba un autor ello es lógico. -¿Importa saber cuál? -No; nada hay mas insulso, vano y superficial que esas extemporáneas polémicas y seculares disputas acerca de un nombre, ó acerca de quien fué, ó dejó de ser el autor, ó cuya era la obra... -¡Cuánto tiempo perdido en esas interminables cuestiones, en esas discusiones pedantescas sobre Homero, Safo, Ausias March y Petrarca, Ossian y Macpherson, Milton y Masenio!... - Un hombre fué el autor; no importa saber su nombre. Llámense A ó B las autoridades, no valen por su fama nominal, sino por sus obras. - Aunque á nuestro propósito incumbiese eso de intrincarnos en tales averiguaciones y prosapias, convencidos de la inutilidad de cuantos esfuerzos hiciéramos, nos creeríamos en terreno estéril y asimismo árido y resbaladizo.

Con la aparición de Ossian -que suponemos real y verdadero - resucita el recuerdo de las antiguas creencias, de las antiguas supersticiones, de las antiguas costumbres. Creencias, supersticiones y costumbres evocadas por la lira del poeta.

En Inglaterra y Escocia, la balada tomó un giro casi enteramente dedicado á los recuerdos y tradiciones bélicas. En tal concepto, es Ossian la personificación de esta poesía y sus cantos y poemas, sino un modelo, son un ejemplo. - En la Provenza, la balada es galante, es amatoria, es caballeresca. - En Francia, es ingénuo, es nacional. - En la Escandinavia, Polonia, Dinamarca, Flandes y Hungría, así como en la Alemania propiamente dicha, la balada toma otro carácter mas sencillo, mas natural, mas rudamente original, segun cante las hazañas de sus héroes, las conquistas de sus reyes, ó los misterios de sus dioses; ó cante los sentimientos del amor, ya con el delirio de sus fruiciones, ya con el ardor de sus lágrimas.

El Norte, sino la patria natural, es la patria adoptiva de la balada. - Cuando se leen los cantos populares del Septentrion, parece que en ellos se aspira el mas deleitoso aroma de la originalidad y de la distinción. Tienen el tono elegiaco; algo de tiernamente melancólico; una elegancia que se siente; una elegancia que nace del mismo sentimiento, como la belleza nace del sentimiento mismo.

En Alemania no escasean los autores de baladas. Ahí teneis dos, los primeros maestros, Goethe y Schiller, que á falta de otros cualesquiera, llegan por sí solos á valer bastante para honra de su nación. - Ahí teneis á Burger, á Wieland. Ahí teneis á Herder, Uhland y Heine, Y á Oeleuschläger, Baggesen, Krummacher, Luisa Brachman, Augusto W. Schlegel, al Conde de Stolberg, Kosegarten, Seume, Langbein, Tiedge, Steingenteisch, Geibel y Garo-

lina Pichler. Todas sus baladas reunidas abarcan tesoros de poesía, monumentos de inspiración. - Los Alemanes, en este género de poesía, ocupan sin duda alguna el primer lugar entre los pueblos de la Europa. Si Inglaterra tiene un Walther Scott, Alemania tiene un Goethe; si Francia un Victor Hugo, un Delavigne y un Beranger, Alemania tiene un Schiller, un Heine y un Uhland; si América tiene un Longfellow, Alemania tiene un Bürger. - Tiene tambien un Geibel que despues de Burger y Uhlannes el mas popular poeta aleman moderno. Tiene, en fin á Wielland que, en punto á poesía tradicional, puede ocupar uno de los mas pujantes rangos.

Goethe es maestro en la balada, y muy popular en su nación. ¿Qué aleman no sabe de memoria las pintorescas estrofas de *Mignon*? ¿Qué aleman hay que, si lo deseais, no os recite los armoniosos versos del *Rey de los Alamos*, de *El Page y la Molinera* ó de la *Primera Noche de Walpurgis*? ¿Quién no ha leído los intencionados versos de *El baile de los muertos*, tomados exactamente de la supersticiosa narración popular? - Despues de Goethe, ocupa Schiller la primera fila. Tiene tambien baladas muy populares, tales como *El Guante*, como *El Nadador*, como *El Caballero Togenbürg*. Las baladas de Schiller tienen mas movimiento, mas vivacidad, mas acción, mas variedad. Los héroes de ellas, se distinguen por lo generosos, por lo leales, por lo magnánimos. - Ello es un gran mérito estético. - Además aquellos héroes, una vez conocidos, se graban en la imaginación para jamás desaparecer de ella. - Las baladas, pues, de Schiller, en nada desmerecen puestas en parangon con las de Goethe.

Goethe es el mas magistral, Schiller el mas interesante, pero Burger es el mas popular. Su *Leonor* es conocida desde el Rin hasta el Neva y del Elba al Danubio. Sus baladas, todas, conservan, - como *El Baile de los Muertos*, de Goethe - el carácter y las supersticiones de los tiempos pasados, y el genuino lenguaje popular. - Las baladas de Uhland, Heine, Ocleuschlager, Geibel, Baggesen y otros muchos son un completo modelo de poesía descriptiva ó sentimental.

Mas volvamos á Schiller. El genio de este poeta, huyendo del realismo, necesitaba forjarse un mundo de héroes y de ángeles, necesitaba imaginarse en pasada edad y sintetizar el carácter de los que brillaron en ella. - La balada fué para Schiller un género simpático. ¿Cómo, pues, habia de abandonar una poesía que tan fácil se presentaba á las elevadas aptitudes de su genio? Schiller nos canta el ideal del alma, en toda su infinita expansión; nos canta la admiración, en todo el entusiasmo de su corazón de poeta; nos canta el amor, en todos sus delirios y placeres... ; no decaerá en sus baladas! ciñéndose á los prescritos límites del género, sabrá desplegar brillantemente su siempre admirable vuelo, elevándose á las regiones de la belleza inspirada.

Abramos el libro de las *Baladas de Schiller*, y vamos á pasar revista.

La mayoría de los modernos poetas han cantado las semi-fantásticas ó caballerescas costumbres de la edad media. Esta es y ha sido un tesoro de manantiales poéticos á donde ha ido á inspirarse aquella. - En la balada intitulada *El Guante*, retrata Schiller perfecta y exactamente el espíritu caballeresco de aquella edad, representándonos uno de esos bárbaros espectáculos en esa época muy en boga, de los cuales todavía quedan algunos restos para baldon de la humanidad. - El argumento de la balada á que nos referimos es sencillísimo. - La multitud apiñada ocupa y llena las graderías del circo, esperando que suene el clarín que llama las fieras á la arena. Estas se presentan en el estadio,

(1) *Bucshingan. - Über die deutsche Balladen.*

y, cuando aparece el leon, sumisas y silenciosas se colocan en rededor de él. Entonces la princesa Cunegunda arroja un guante á la arena y exclama, dirigiéndose á uno de los caballeros:

« Si vuestro amor es tan cierto
Cual me jurais de cõntino,
Recojed ese mi guante
De la arena en dó ha caido! »

El caballero, sin vacilar, se lanza á recojerlo y llega al estadio donde, á favor de su bravura, que le espone á las garras de las fieras, recoge el guante que la princesa arroja. La estupefaccion estaba en los rostros de los espectadores que presenciaron la accion del caballero, el cual recibido luego por Cunegunda con la sonrisa en los labios, arrojando el recogido guante á los piés de ella, esclama con enérgica decision:

« ¡Toma, tu favor no quiero! »

Esta sencilla balada tiene el perfume de las leyendas caballerescas de la Provenza, trasladándonos á aquellos, así decantados, como tambien culpados tiempos, en que se levantaban á tanta exageracion las ideas de heroismo y los actos de galantería. (1)

El *Conde de Hapsbourg* es otra muy bella balada, parecida á la anterior. En ella nos pone de manifiesto Schiller, - así como en la del *Guante*, el espíritu de orgullo de los caballeros antiguos, - el poder de la religion en aquellos cándidos siglos, en que la Iglesia ejercía tan venerable autoridad sobre los mismos héroes y monarcas. - Erase el tiempo de la coronacion del *Conde de Hapsbourg*, la cual tuvo lugar en el palacio de Aix-la-Chapelle. Celebrándose estaba un festin en honor de tan fausto suceso, cuando el mismo conde, hecho emperador, en tanto que la alegría dominaba en el alma de los circunstantes, tomando la copa de oro, exclamó así:

« Llena mi pecho el grato regocijo
De estos festines... pero falta solo,
Tan solo un trovador que en sus baladas
Dulces siempre á mi alma, con sonoro
Concento la conmueva, dando hermosas
Y sublimes lecciones. Que esto el gozo
Formó risueño de la infancia mia;
Mi padre emperador nunca su enojo
Lanzó sobre tan mágicos encantos.
¡ Placer del caballero, cual no hay otro! »

Así dijo el conde de Hapsbourg, en tanto que aparecia un trovador abriéndose paso por entre el grupo de príncipes que rodeaba al monarca. Este trovador, anciano ya, y de blanca cabellera, contestó así:

« Solazables las notas son del arpa,
Dulces los sonos del laud armónico,
Celebra el trovador las aventuras
De los amores tiernos y dichosos,
Celebra cuanto noble y levantado
Nos queda en este mundo y que en el fondo
Del alma se aposenta, y los sentidos
Anhelan escuchar; mas á este gozo
Que al festin nos invita, ¿ existen versos
Dignos del grande emperador Rodolfo? »

Y así respondió el monarca á las galanterías con que le saludó el poeta:

« Mi poder jamás llega hasta los cantos
Del laud del poeta... Pues que solo
A un señor obedecen los cantores
Mas que yo levantado y poderoso;
Y es él la Inspiracion, que es cual el viento
Que agita el vendabal, de quien ignoto
Su origen nos será, cual el torrente »

(1) Parece que Schiller sacó el asunto de esta balada de un suceso idéntico, acaecido en París, allá por el año 990, y que menciona Sainte-Foix, en sus *Essais sur Paris*. Schiller revistió la tradicion desnuda con todos los encantos de su galanisima fantasía, y los que la poesía dá á los asuntos heroicos y caballerescos.

Cuyo surco se oculta á nuestros ojos...
¡ Cuál mágicos los cantos del poeta
Brotan del alma en el secreto fondo,
Y vierten ellos mil encantos célicos
Del pecho triste só el pesar recóndito! »

A seguida el trovador, acompañado del laud, refirió brevemente cierta aventura que sobremanera honraba al conde Hapsbourg... En sumario era así: - El caballero partia de caza y, comenzada era esta, cuando percibió el argentino son de una campanilla. Era un monje que, llevando entre sus manos al Sagrado Viático, se dirigia á dar á un moribundo la salud, ó los celestiales consuelos de la religion. El conde de Hapsbourg apenas descubrió al monje, se apeó del caballo y se arrodilló, al paso del Salvador del mundo... El monje seguia su camino, pero el que conducia á la morada del moribundo, estaba interceptado por un cauduloso torrente cuyas aguas habian engrosado las lluvias y las tempestades. - ¿ Qué haceis? exclamó el conde asombrado al ver al monje decidido á pasar tan estenso torrente. - ¡ Señor, - contestó el sacerdote, - voy á ponerme junto al lecho de un moribundo, que estará suspirando ahora por este celestial alimento. Y para que ese moribundo no se vea privado de su salud, voy á pasar á pié el torrente, por mas que las lluvias hayan engrosado sus aguas...! - El conde entonces tomando las riendas de su corcel, lo cedió al sacerdote que, montado en él, pudo continuar su camino... - Al siguiente dia el mismo monje se presentó en el palacio de Hapsbourg, tanto para devolver al conde su caballo, como para manifestarle su gratitud y darle las gracias. - No debo yo servirte - contestó el caballero recibiendo - del corcel que ha llevado sobre sus espaldas al mismo Criador... Si para vos no le quereis, quede de hoy mas consagrado al servicio divino. Yo lo doy á aquel de quien he recibido los honores, la fortuna y la vida...! El monje entonces profetizó al conde de Hapsbourg un muy dichoso porvenir, y una corona á cada una de sus hermosas hijas... - Así cantó el trovador. - El monarca conmovido por la memoria de aquel suceso, fijó sus ojos en el que con sus cantos habia despertado tan feliz recuerdo, y vino, con expansiva alegría, á reconocer al monje en la persona del bardo.

Bajo concepto literario y estético se distingue entre las *Baladas de Schiller*, la intitulada *El Nadador*. - Es una tragedia en embrion, que á pesar de lo llano de sus peripecias encierra una muy amarga verdad, tan palmaria que bien al claro se hace notar. - ¿ Hay alguien, caballero ó escudero, que se atreva á lanzarse á ese abismo? He arrojado en él una copa de oro, que, desaparecida bajo las aguas, pertenecerá á aquel que la traiga á mi presencia... - Así decia el rey, pero nadie le respondia atreviéndose á empresa tan en sumo grado temeraria... - Mas de improviso aparece un mancebo que, á vista de la multitud, resueltamente se despoja de sus vestidos, y, sin parar mientes en el indecible y mudo asombro de aquella, avanza hácia la roca, salta y desaparece en el fondo del abismo, cuyas belicosas aguas parecieron abrirse para recibirle y rugir de alegría, ocultando en su seno una nueva víctima... La ansiedad y la agitacion mas violentas y penosas estaban en el pecho de los que habian espectado tan extraordinaria temeridad; tanto que si el rey arrojase en el abismo su misma corona, ni uno siquiera de aquellos pensaria en arrojarse al fondo. - Las olas se agitan y se visten de espumas; de repente un brazo pugna por llegar á la superficie, luego aparece otro, y de seguida la cabeza del maravilloso nadador, que somorrajando robustamente muestra su sonriente faz y la codiciada copa en una de sus manos. El mancebo que habria

Triunfado de los peligros del abismo, no tarda en llegar á presencia del rey... La hija de éste llena la copa de incitante vino, que con ansiedad bebe el nadador, de cuyos labios escucharon los espectadores la maravillosa relacion y descripcion de cuanto habia visto en el fondo de las aguas. El monarca entonces arroja de nuevo la copa de oro al abismo, prometiendo al mancebo la mano de su hija, si otra vez la arranca del fondo del precipicio. El nadador fija sus ojos en el hermoso semblante de la princesa, y seducido por sus muchos hechizos, sin vacilar un instante, lánzase al abismo.... Las olas se mueven, se agitan, se repelen. Pero ninguna de ellas trae consigo al infortunado nadador! (1)

El apellidado *El Combate con el Dragon*, es uno de los mas inspirados trozos de Schiller, quien dejó de llamarlo *balada*, para ponerle el nombre de *romance*.... *El Combate con el Dragon*, es, en verdad, una excelente balada ¿qué digo...? Es una verdadera epopeya. - Sí, lo es en efecto.... En ella, Schiller nos sorprende á cada paso con esos rasgos tan propios y tan admirables y con esa novedad y esa grandeza de ideas de que está llena su siempre brillante fantasía.... - Un jóven caballero ha vencido y sujetado á un temido dragon, que ponía espanto á los habitantes de Rodas; pero vencíéndole y sujetándole ha estralimitado y desobedecido las leyes de la órden á que pertenece. El Gran Maestro de ésta, hace notar á la confusa y apiñada multitud de gentes, que al templo habia acudido, cómo la hazaña del jóven caballero no habia sido otra cosa que un rapto de altivez y honor mundanos. - El héroe despues de referir y confesar al auditorio el verdadero objeto que le indujo á la lucha, arranca con la mayor humildad la cruz, que, como caballero de la Orden, llevaba sobre su pecho, desnúdase las sagradas vestiduras, y besa la mano del Gran Maestro. Este rasgo de humildad y respeto conmueve y exalta á la multitud que lo habia presenciado. Y entonces el Gran Maestro, conmovido y exaltado también, esclama:

« ¡Abrázame, hijo mio! Tú has ganado
Un triunfo mas honroso que el primero;
¡Toma esta cruz, y, cual si lauro fuese
Desublime humildad, que orne tu pecho!! »

Léase esta balada y luego la de *El Guante*, y se notarán el anverso y reverso de una misma medalla. - Aquí reina la humildad, allá el orgullo. (2)

Muy bien desarrollado está el argumento de la balada *La Fianza*, y muy bueno es el pensamiento total con que concuye: - Meros, habiendo sido sorprendido en el palacio de Dionisio, cuando iba á clavar su puñal en el pecho del monarca, es condenado á muerte; reo ya, implora una única gracia y es la de tres dias de plazo, que destina á celebrar las bodas de su hermana. Un amigo suyo será la fianza que responderá de él y sobre el cual podrá vengar el conato de crimen, si la palabra no es cumplida.... El monarca accede, y Meros se despide del amigo que en su mismo lugar queda en la prision, y corre á celebrar las bodas de su hermana. Celebradas estas, decide volverse ya.... pero con angustioso pesar, contempla el torrente de lluvias y la espantosa tem-

(1) El héroe de esta balada, que se dice verídica y sucedido, fué á los que parece, un pescador italiano llamado Pescecola. Un rey de Sicilia, Federico I, quiso que se sondearan los famosos abismos de Caribdis, y al efecto arrojó en ellos una copa de oro. Pescecola salió con esta una hora despues y contó maravillosas cosas que, segun él, allí dentro habia visto. El rey entonces no prometió, como el de la balada de Schiller, princesa alguna, ni arrojó otra copa de oro, sino una bolsa llena de este metal con objeto de tentar al pescador que, tras su segundo empeño ya nunca mas pudo referir las aventuras de su segundo viaje á la famosa Caribdis.

(2) El asunto de la balada *El Combate con el Dragon*, es histórico. Créese modernamente que tuvo lugar durante la época de las Cruzadas, y que su héroe fué un valeroso caballero, natural de la Provenza, y cuyo nombre era Dieudonné de Gours. Así lo afirma Verto, en vista de la relacion de otros au-

pestad que se opone á su camino. - Ha caido el puente de sobre el rio se levantaba y Meros no puede pasarlo. El llanto corre por sus mejillas, y la desesperacion destroza su pecho.... - ¡Oh Dios mio! esclama Meros, - calma el furor de las impetuosas corrientes! El sol está ya en el mediodia.... ¡cuando al ocaso llegue, si no estoy en Siracusa, morirá el amigo por el amigo...! - El torrente se apacigua; Meros se arroja á él pugnando trabajosamente por llegar á la ribera opues. detiéndole una partida de baididos.... - ¿Qué quereis de mi? ta; mas la vida? esclama Meros.... ¡Mi vida pertenece al rey! Amenázanle los facinerosos, pero heridos tres de ellos por el puñal de Meros, huyen despavoridos.... Huido este peligro, cae en otro no menor.... La sed le ahoga y le devora! Entonces dirige sus plegarias á su Dios, y vé saltar á su lado la corriente de un arroyo, donde, apagó la sed que le consumia, y oyó la conversacion de dos caminantes que por allí pasaban diciendo: - « ¡Muy pronto subiré al patíbulo! » - Meros, aterrado al oír tales razones, se lanza en direccion de la ciudad.... Ya el sol habia llegado á su ocaso.... Un gentío inmenso rodea el cadalso, y el verdugo se prepara á levantar el hacha que cortará la cabeza del reo, ó del que en su lugar está.... ¡¡ Deteneos!! - esclama Meros precipitándose, y atravesando vertiginosamente el gentío y dirigiéndose al cadalso.... ¡¡ Soy yo á quien debeis ejecutar!!... Y los dos amigos se reconocen y abrazan.... La multitud se conmueve de asombro y hasta el mismo monarca se siente poseido de la mas viva emocion, y manda que comparezcan ante su presencia, exclamando conmovido al recibirlos - « ¡Habeis ganado mi amistad! ¡Amistad.... no es vana esta palabra! » (1)

La balada *El Anillo de Polícrates*, es una de las mas apreciadas de Schiller.... Una ligera narracion nos pone de manifiesto el inmenso poder de la fortuna.... - Polícrates es el favorito de la suerte, así como el rey de Egipto el tipo de la desconfianza. El poder del primero se hallaba en su apogeo; la cabeza de su único enemigo habia caido á sus piés; el éxito mas feliz coronaba sus empresas todas, y sus bajeles llegaban al puerto, elevando sus gritos de triunfo y victoria. Aconsejado por el desconfiado rey de Egipto, que le indujo á lanzar al mar la prenda de mas valia que poseyera, arrojó su anillo. - Al siguiente dia trájole un pescador un hermoso pez, que pescado habia.... Abrieron el animal y el cuchillo tropezó contra el anillo. - Visto esto, el rey de Egipto, lleno de estupefaccion, se apresuró á abandonar la compañía de Polícrates. (2).

En *Las Grullas de Ibico*, ha querido mostrarnos el autor como esas casualidades tan raras en los destinos humanos, vienen á cubrirnos hechos que cayeron en el olvido. - Ibico fué asesinado por unos bandidos cuando se dirigia á la ciudad, donde era esperado por sus amigos. Los criminales no pudieron ser habidos. - Algun tiempo despues, se entregaba el pueblo á una de sus mas favoritas diversiones, á las fiestas del circo, llenando las estensas graderías en las cuales, confundidos entre los grupos del gentío, se encontraban los asesinos.... - Un coro de furias, las Eamenides, sale á la plaza entonando un lúgubre canto que hace estremecer á aquellos criminales.... Canta los castigos reservados á lo que con sangre tiñeron sus manos. De repente, una voz salida de la multitud, esclama así.... « Ved ahí las grullas de Ibico. » Y al mismo tiempo una gran bandada de ellas pasa sobre el anfiteatro, oscureciendo el cielo. - Aquella esclama

(1) Este suceso es tambien histórico, y tuvo lugar en Siracusa.... Así lo mencionó el edetano Hyginus, *el gramático*, secretario del emperador Augusto.

(2) Herodoto cita este hecho en uno de sus nueve libros de Historia.

cion instintiva en los asesinos, y reveladora del delito, hizo que fuesen aquellos y este descubiertos. El crimen, pues, no permaneció impune, pues que la casualidad vino á revelararlo. (1)

Donde se advierte mayor trabajo literario es en el *Hero y Leandro*, porque tiene esta composicion situaciones que se han prestado al estro de Schiller con tanta facilidad como brillantez. El asunto versa sobre una antigua tradicion helénica que recordaba el doloroso término de la pasion de dos amantes, de Hero y Leandro. — El principal mérito de esta balada está en la belleza de imitacion, porque en toda ella hay patentizados resábios de estilo helénico.

Ahora, para fin de revista, solamente nos queda traducir dos de las mejores *baladas de Schiller*, colocándolas como dos ejemplos.

EL CONDE EBERHARD DE WURTEMBERG.

(BALADA.)

La Suavia cuna ha sido
De muchos hombres notables,
De mas de un bravo guerrero
Vencedor en los combates,
De mas de un ser distinguido
De la paz en los instantes...
Ved sino Carlos,
Eduardo el Grande,
Luis, Federico,
Nombres ilustres cual inmortales!
Conde Eberhardo,
Son tus iguales
Pues de leones
Hijo pareces en los combates...!

Ulrico se distinguia
En las armas, cual su padre,
Jamás Ulrico la espalda
Volvió en reñido combate,
Jamás le aterró la guerra
Jamás le aterró un desastre...
Pero de Reutlig
Los habitantes,
Siempre envidiosos
De nuestras muchas hazañas grandes,
La de la gloria
Palma triunfante,
Robar osaron
Viles tiñendo la espada en sangre...!

Mas atacóles Ulrico
¡Ay, que fué suyo el desastre!
¡Ay! con la rabia en el pecho
Se presenta ante su padre
Que le mira sorprendido...
Mas temblando Ulrico, váse!
Por sus mejillas
Lágrimas caen,
De él se apoderan
Mil pensamientos de cruel coraje,
¡Pérfidos! clama
¡Sabré vengarme!
Yo mi derrota,
Sabré vengarla. ¡Júrolo, padre!

El furor de la guerra pronto estalla,
Lanzáronse ginetes y caballos
Al valle de Dofpingen... Fuertes *hurras*
Por el aire, y sus ecos resonaron,
¡El combate perdido! Tales eran
Los gritos que infundian entusiasmo,
Los gritos que veloces nos hacian
Cuando en medio del valle nos lanzamos.

Con héroico valor el jóven conde
Blandió el acero; y su fornida mano
Derramaba terror en torno suyo

(1) Plutarco recuerda este suceso en uno de sus tratados de moral.

Y á la par de la muerte y del espanto...;
Mas ¡ay! en su cabeza enardecida
Penetra de una espada el filo aciago;
Los soldados circúyenle y prodigan
Al herido su amor... ¡Mas es en vano!

Mas es en vano... ¡Ay! muere y sus ojos
Se cierran á la luz... El negro espanto
Se estiende por ¡do quiera... Pronto amigos
Y tambien enemigos; lloro amargo
Derraman de dolor... Con rábia entonces
Impávido gritó el conde Eberhardo:
« ¡Cual uno de vosotros mi hijo es solo!
¡ Adelante! ¡ Al combate mis soldados!

La sangre brota tras el golpe rudo
De fuerte espada, de venganza brazo,
Cadáveres exánimes ocultan
El campo... El enemigo desbandado
Veloz escapa y las llanuras cruza,
Fugitivos ginetes y caballos
Sueltas las riendas, del terror en alas,
Vuelan hollando de batalla el campo.

Al grito de victoria nos volvimos,
Nuestras hijas y esposas celebraron
Tan grato triunfo con alegres bailes,
De dulce néctar repartiendo vasos...
Mas ¿ el conde dó está? Vése en la tienda
Los restos de su hijo contemplando,
Una lágrima solo en sus mejillas
Brilló. ¡Solo una lágrima ha bajado!

Guardemos en el alma su memoria,
Nuestro ilustre señor de sus vasallos
El protector ha sido... El fué el escudo
De la patria y el trueno está en sus manos !..

La Suavia cuna ha sido
De muchos hombres notables,
De mas de un fuerte guerrero
Vencedor en los combates,
De mas de un ser distinguido
De la paz en los instantes...!

EL CABALLERO TOGGENBÜRG.

(BALADA.)

— Amor fraternal os tengo,
Mas nada mas de mi alma
Conseguireis, caballero,
Porque seré desgraciada;
Puedo sufrir vuestra ausencia,
Pero jamás vuestras lágrimas!
Con llanto triste y profundo
El cruzado las palabras
De la doncella medita,
Desesperado la abraza
Y sobre el corcel veloce
Se dirige á Tierra Santa,
Seguido de sus soldados
Que con la cruz avasalla.
La bravura le distingue
Peleando en las batallas,
Y entre sus fieros soldados
Y entre la enemiga banda,
Los plumajes de su yelmo
Sobre todos se elevan...
A su nombre los musulines
Se estremecen y desbandan.
¡ Pero jamás ay! se cura
¡ Del amor la abierta llaga!
Y un año pasó y el triste
Cruzado aun suspiros lanza;
Mas de repente abandona
De sus soldados la banda,
Dirigiéndose á la tierra
Dó mora la que idolatra,
Y á las puertas del castillo
Temblando de amores llama...
Y abren; mas su pecho hieren
Aquestas tristes palabras:
« ¡ La hermosa que vos buscais
Con Cristo está desposada!
Ya sus votos pronunció,
Ya el velo su rostro guarda! »

Aterrado el caballero
 Se retira; mas sus armas
 Abandona, y sollozando
 Del bosque al fondo se lanza;
 Ya nadie le reconoce,
 Que el yelmo cubre su cara!
 Frente á frente del convento
 Dó vivía su adorada,
 Bajo sombra de cipreses,
 Construyóse una cabaña.
 Sobre una piedra sentado
 Desde el crepúsculo al alba,
 Se encontraba siempre, siempre
 Sumido en sus esperanzas
 Y en las sombras de la noche,
 Parecía inmóvil estatua;
 Las miradas dirigía
 Del convento á la ventana,
 Pero nunca la profesaba
 Sus facciones asomaba,
 Mas nunca aquel rostro de ángel
 Vino á consolar su alma:
 Si alguna vez creyó verla,
 Sobre el musgo él se arrojaba
 Y la veía en sus sueños
 Y ansiaba tornarse el alba.
 Pasaron días y días
 Y semanas y semanas,
 Y pasaron años y años,
 Su corazón no lanzaba
 Jamás un solo gemido,
 Ni jamás brotaron lágrimas
 De sus ojos, que en su pecho
 Lloraba su suerte amarga...
 Y allí en la piedra sentado
 ¡De continuo se encontraba!
 ¡Dónde la monja vivía,
 Fija siempre su mirada!
 Pasaron días y días;
 Pero vino una mañana
 Y arrebatóle la muerte,
 ¡Y al cielo fugóse su alma!
 ¡Mas los ojos del cadáver
 Fijos siempre en la ventana...!

J. Fernandez Matheu.

EL ESCEPTICISMO.

ARTICULO PRIMERO.

I.

Al ocuparnos hoy en semejante tendencia, no abrigamos la ilusión de emitir nuevas ideas y pensamientos nuevos sobre la misma. Inteligencias superiores á la nuestra y más y mejor cultivadas, lo han hecho ya objeto de sus juiciosas observaciones, y casi sin temor de equivocarnos, nos atrevemos á asegurar que tanto los pensamientos, como las ideas, han sido, sobre el particular, agotados. En todas las esferas se ha combatido el escepticismo y contra él se han aducido todos los argumentos, que á hacerlo repugnante se encaminan. ¿Por qué, pues, insistimos hoy sobre el mismo asunto? ¿Acaso, para perder el tiempo infructuosamente? Para molestar, acaso, á nuestros lectores con inútiles repeticiones? No, ciertamente, ó á lo menos, nada más lejos que eso de nuestra voluntad y de nuestros propósitos.

Dadas la naturaleza del hombre y la de ciertas tendencias, las repeticiones, más que convenientes, son de todo punto necesarias no pocas veces. El hombre es de suyo olvidadizo y propenso en sumo grado, á permanecer en la situación en que se encuentra. Parece que la inercia forma parte integrante de su carne y que, sin el auxilio de otras fuerzas extrañas á las propias, no puede avanzar, ó avanza poco el individuo en la obra de su desarrollo moral é intelectual. Esta, si otras faltasen, sería más que suficiente prueba á convencernos de la sociabilidad humana y

del ningún fundamento del pretendido estado de selvaticidad y aislamiento. El hombre es sociable y está por naturaleza afecto á la necesidad de aprovechar, para su adelanto, el concurso de sus semejantes. Obsérvese sino lo que en el mundo acontece, y se verá que muchos no salen de la ignorancia en que se hallan, porque les falta una persona que les indique, no el camino que deben seguir, sino la dirección por donde semejante camino se encuentra. Quizá una palabra, un gesto acaso, bastaría á sacarlos del marasmo que los rodea; pero como ni suena la una, ni el otro aparece, continúan en su inacción, sufriendo tal vez, tal vez deseando salir de ella, mas sin hacer nada para conseguir el apetecido resultado. Esta es la humanidad en todas las esferas. En todas necesita ayuda y muy especialmente en la de las ideas, que para su desenvolvimiento, requieren mayor esfuerzo que ningún otro trabajo.

Que el hombre es de suyo olvidadizo, lo está diciendo á cada instante la observación de la vida práctica de todos los individuos. Los mismos obstáculos que ayer les entorpecieron, les entorpecen hoy, sin que mañana, apesar de la experiencia, sepan escoger otro camino más espedito, ó sin que, cuando menos en el primer momento, recuerden los medios de que echaron mano para vencerlos. Con muy pequeñas variantes, las ilusiones de hoy serán las de mañana y los gérmenes del error en la actualidad, son los mismos que en los pasados tiempos. No han escaseado las advertencias, ni han faltado genios superiores que indicasen el sendero. El hombre ha oído las unas y entrevisto el otro; pero entrambas cosas ha olvidado muy pronto, cayendo nuevamente en los mismos errores, alimentando idénticas ilusiones é incurriendo en iguales, ó parecidos obstáculos. No creemos necesario decir, que hablamos en tésis general; pues harto sabido es que hombres ha habido siempre, para quienes la experiencia fué caudal fecundo y precioso de las más útiles aplicaciones y seguros resultados. En este asunto, como en todos los que con la humanidad se relacionan, es imposible, ó muy aventurada, la generalización. Debemos contentarnos con lo puramente relativo, si es que deseamos no pagar tributo al error. El olvido de este precepto ha sido y es causa de no pocos de los males, que afligieron á nuestros antepasados y que hoy nos afligen. Lo absoluto, hé aquí nuestro constante anhelo, y lo absoluto no es sin embargo, de la tierra.

La naturaleza de ciertas tendencias, hemos dicho, hacen también necesarias las repeticiones; y así es la verdad; porque, satisfaciendo los humanos instintos, dando pábulo á las pasiones, parece como que convidan y seducen á los hombres á que las acojan y practiquen. ¿Quién duda que aquello que alimenta y sacia nuestra vanidad nos merece buena acogida, si no tenemos quien nos indique los inconvenientes y perjuicios que entraña? ¿Quién negará que las doctrinas que nos relevan del cumplimiento de ciertos deberes, nos inducen á su práctica, si la razón sobreponiéndose al intento, no nos aleja de las mismas? La carne propende naturalmente á todo lo que la halaga y si el espíritu no se sobrepone á determinadas tendencias, caemos en ellas por una rápida pendiente, tanto más rápida, cuanto más perniciosas son aquellas. ¡Ay! del hombre, si en semejantes casos no tiene quien le ayude y le señale el mal en toda su repugnante desnudez! Valiérale más no haber nacido, porque su vida sería entonces una cadena no interrumpida de errores y contratiempos. Afortunadamente nunca falta una voz que se levante para anatematizar las tendencias en que nos ocupamos, y así ha sucedido con el escepticismo. Pero esas voces se apagan

y, apesar de su elocuencia, suelen por desgracia hallar eco en pocos corazones; y de aquí la imprescindible necesidad de repetir lo que ellas predicaron y de un modo concluyente demostraron. Hablemos, pues, del escepticismo y procuremos que, repitiéndola, brille de nuevo la verdad y alumbre acaso á mayor número de personas. Permítalo así el cielo para bien de todos y en especial para bien de los que, ciegos ú obcecados, permanecen en las tinieblas del error.

Dividiremos en tres partes nuestro trabajo: nos ocuparemos en el origen del escepticismo, en su carácter distintivo y finalmente en sus perniciosas consecuencias.

II.

Muchos, muchísimos de nuestros errores reconocen por causa principal el orgullo, esa pasión, resumen de todas las otras y que tantos males ha causado en el mundo. Abrid la historia, y en sus páginas hallareis mil diversos efectos del orgullo. Él fué la causa de la muerte de Alejandro, que ciego con sus conquistas, se creyó autorizado para abusar de todo, hasta de sus mismos vicios; él originó la caída del imperio romano que, lleno de orgullo, no pensó en solidificar como debía sus conquistas; él dio nacimiento al protestantismo, pues ¿qué fueron sus corifeos, mas que hombres henchidos de vanidad y de soberbia? y él, finalmente fué, si no la inmediata, la causa remota de la revolución francesa, pues no otra cosa eran sus prohombres, que seres rebosando orgullo y ansiosos de trastornarlo todo, con el necio deseo de introducir novedades, ó mejor dicho, de resucitar en nuestros tiempos instituciones y concepciones antiguas. El orgullo, preciso es repetirlo y que de ello nos convenzamos, es el fecundo germen de muchos desaciertos que, como tales, no han podido menos de ocasionar grandes y profundos males.

El verdadero origen del escepticismo es la pasión que nos viene ocupando, sin que intentemos decir que sea ella la única, que en la producción de semejante fenómeno intervenga. Antes lo hemos dicho, y ahora lo repetimos, nada hay absoluto en el mundo, y por tanto, no podemos, ni debemos decir que el orgullo sea la fuente única, exclusiva del escepticismo. Es indudable sin embargo, que en su producción, desarrollo y sostenimiento interviene de un modo directo y activo.

El asentimiento á las verdades reveladas, lleva en pos de sí la dependencia de un Ser superior á nosotros mismos y creador de todo lo existente. El hombre que á estas creencias suscriba, ha de confesar virtualmente su inferioridad y, deponiendo el orgullo, reconocerse supeditado á la voluntad suprema que, por lo mismo que es superior, nos impone su ley, y á su cumplimiento nos compele. no físicamente, ni de un modo irresistible é inevitable, sino por el temor del castigo, en caso que de la precitada ley nos separemos. A esto hemos de añadir la circunstancia de que creyendo en las verdades reveladas, debe, no ya asentir á las mismas, sino practicarlas fiel y rigurosamente. El buen creyente ha de dominar sus naturales instintos, enfrenar las pasiones y hacer no lo que el cuerpo solicita, sino lo que á la perfección y salvación del espíritu convenga. Por una parte, es necesario creer al mismo tiempo que en las tales verdades, en los preceptos que de ellas se desprenden, aunque sean severos y contrarios á las naturales tendencias. Esto constituye la verdadera fé. Asentir á lo uno, sin admitir lo restante, llamarse creyente sin practicar lo que las creencias implican, es tratar de engañar al mundo, engañándose á sí mismo.

Ahora bien; ¿puede el hombre orgulloso resolverse á confesar su inferioridad, aunque esta lo sea respecto de lo mas grande y perfecto que existe, de Dios? ¿Puede nadie que alimente esa pasión, resolverse, no solo á considerarse igual á los demás, sino á rebajarse moralmente á todos ellos; es decir, á creerse el último, verdadera fórmula de la humildad evangélica? Ciertamente que no, y aunque en el fondo de su corazón así lo reconozca, es preciso, para contentar el orgullo, aparentar y sostener lo contrario. Hé aquí, pues, el germen primero del escepticismo. Lo demás viene despues por sí propio.

El escéptico cree sin embargo, en algun principio; cree en la omnipotencia de la razón. Así, á lo menos, suele decirlo y esto y no otra cosa se desprende de sus sofisticos argumentos. Su Dios es la razón, su norma el raciocinio y su virtud la obediencia razonada á los preceptos de esa facultad. Y no creais que el escéptico juzgue que su razón es un reflejo de otra, verdadero foco luminoso de todos los focos parciales, no; el escéptico opina que la razón es tambien un producto del organismo, un efecto del armonioso juego del cerebro. Este es el estómago de los pensamientos, como el estómago lo es de las sustancias alimenticias. Si el vientre conspira á la nutrición física, elaborando los jugos reparadores, el cerebro verifica lo que nosotros llamamos alimentación moral—para el escéptico esa alimentación no tiene nombre,—preparando por sí mismo, y sin influencia alguna exterior, las ideas y pensamientos. Esto es bastante incomprendible, casi no puede explicarse de un modo satisfactorio y concluyente, pero es mas racional, mas lógico, mas en conformidad con la naturaleza libre é inteligente del hombre, que esas rateras creencias que solo la ignorancia de los primitivos tiempos pudo idear, y á las cuales dan crédito en la actualidad los timoratos y pobres de espíritu. Hé aquí el lenguaje de los campeones del escepticismo. Se titulan independientes, y se hacen esclavos del organismo; no creen en Dios, y suscriben á la creencia de que solo la materia existe; á un Dios en todas partes manifiesto y por todo revelado, sustituyen el dios inteligencia, que únicamente se manifiesta por pensamientos en no pocas ocasiones erróneos, y cuya exclusiva revelación es la palabra escrita ó hablada. ¿Puede darse mayor ceguedad? Y sin embargo, el escéptico cree todo eso, no por otra razón, sino por la de que semejante sistema satisface su orgullo y le releva del cumplimiento de muchos, ó de todos sus deberes.

De la negación de Dios á la del alma se pasa irremisiblemente; porque negada la causa, no debemos, siendo consecuentes, admitir el efecto. Así se completa el escepticismo. Su esfera de desarrollo se resume en dos negaciones; la de la realidad suprema de la altura, Dios, y la de la realidad terrena, el alma; y llamamos realidades á Dios y al alma, porque solo estas dos entidades viven la verdadera vida, la espiritual. La materia y los irracionales son instrumentos de la existencia psíquica.—A.

EL BELLO IDEAL.

PESADILLA. (1)

«Yo no vivo, duermo.»

Soñé que una mujer me incitaba con miradas amorosas.

(1) Por dos razones llamo así esto, que no sé como llamar: la primera razón de diccionario: la segunda no es razón, porque es una razón completamente mía.—¿Por qué he de llamar sueño á lo que no es sueño, sino es fantosa pesadilla?

Su presencia despertó en mi memoria yo no sé qué recuerdos de no sé qué vida.

Yo no la conocía, y sin embargo, recordaba haberla visto.

Corrí tras de ella: esquivó mi compañía, y su esquivez dió mas fuego á mi deseo.

La seguí sin enojarme, y corriendo y corriendo, conseguí aproximarme á ella.

Detúveme estasiado. Era mi primer sueño arrancado de mi alma, cubierto por bien modelada carne, maravillosamente contorneado.

Quise levantar el velo que mal encubría su faz de ángel, y haciendo un ademan de enojo corrió precipitada.

Ni el polvo de la tierra se movía, ni el ruido de sus pasos me era perceptible.

Parecíame que corría entre el suelo y el aire, y que una ráfaga de viento la elevaría muy por encima de mí: angustiado por su alejamiento, y aguijoneado por mil quiméricos temores, volví otra vez á perseguirla.

Y crucé en pos de ella bellísimas campiñas que me trajeron el recuerdo de mi infancia; comarcas deliciosas que había visto, no en la tierra.

Y en tanto que ella, incitándome siempre, cruzaba sin herirse entre espinas, yo me ensangrentaba las manos al separar á mi paso las espinas.

Y ella cruzaba sin vacilación el paso de los montes, y yo, resbalando y cayendo, y fatigado, conseguí llegar á sus cumbres de las que me despeñaba por acercarme á ella que corría ya en el valle.

Y ella, siempre invariable ante mis ojos, me arrastraba al precipicio, me precipitaba por la senda del torrente, y corría, y corría siempre, y con su influjo misterioso, me dió fuerzas para seguirla, hasta que jadeante y sin aliento caí á la margen de un diáfano arroyuelo.

Me dormí dulcemente arrullado por la voz de la corriente, que infiltraba en mi corazón no sé qué vaga idea de mi adolescencia, y gratamente embriagado por el aroma de la misma brisa que he aspirado con deleite desde el primer día de mi alma.

Los instantes de la vida corrían sin cesar y yo dormía. Sobrevino un rumor poderoso, aunque lejano, semejante al silbido del viento, y desperté.

Abrí los ojos y no ví.

Presté oído y me dió miedo el acento solemne del mar.

La oscuridad impedía á mis ojos la vista del cielo y de la tierra.

Momentáneos relámpagos precedieron al prolongado trueno, y estalló la tempestad.

Me incorporé para mejor oír aquel ruido armonioso de la naturaleza irritada, que entonces, como siempre, me encantó.

Mi alma pugnaba por desasirse y volar en alas del huracán, cuando al cruzar, iluminando el espacio, la centella, ví no lejos de mí, y á favor de su luz, á la mujer á quien antes había perseguido colocada en actitud meditativa.

Parecía gozar con el desconcierto de la naturaleza, y sus ojos resplandecientes me miraban con cariño.

Los relámpagos que se sucedían frecuentemente, me dieron luz para contemplar su vaga forma, y una bendecida ráfaga que levantó su velo, me permitió ver distintamente aquel rostro que solo al través del velo había admirado. Me fascinó. La miré, y la miré tanto, que creí oscuridad de mis sentidos lo que era oscuridad de la naturaleza.

Amenguaba la tempestad, pero sus ecos seguían, y en tinieblas el mundo.

Mi cuerpo estaba aletargado, no dormía; mis ojos cerrados para lo exterior, abiertos para mi interior: permanecí en este estado misterioso entre el velar y el dormir, en que nuestro ser, viviendo para nosotros mismos es inactivo para todo lo que está fuera de él, y activo, animado, vehemente, dentro de sí mismo...

El tiempo corría, midiendo mi existencia; y yo seguía olvidándome del tiempo.

Un aliento desvanecedor renovó mi actividad.

La fascinación me volvió á la vida, porque inclinada sobre mi frente velaba mi sueño la visión.

Tendi los brazos y se alejó.

Me levanté y corrí; pero la visión habíase ocultado ya á mi vista.

Y á pesar de la fatiga, anduve y anduve, y después de haber perdido mil veces el aliento, subí á la cumbre de un cerro colosal, desde cuya altura al mirar hácia abajo distinguí una sima tenebrosa, que se ahondaba y se ahondaba, y mas profunda era cuanto mas se la miraba.

Desde el cerro miraba yo á la sima y empezaba á sentir el voltear de mi cerebro, cuando, allá en el fondo mas profundo, mas lejano, mas inaccesible, distinguí una tenue luz.

Aquella luz, oscilaba y se movía, se ocultaba, aparecía, se agrandaba y decrecía.

Desde el cerro miraba yo la luz, y su giro perpétuo, y la honda sima, y la altura pavorosa en que estaba yo situado, aceleraban el voltear de mi cerebro, é iban á hacerme víctima del vértigo terrible, cuando la luz tomó una forma, se lanzó fuera de la sima, y se hundió de nuevo en ella.

Yo rodé por la pendiente, tendiendo mis brazos á la forma.

Y desgarrándome las carnes, y surcando la tierra con mi sangre, rodaba de continuo, semejante al torrente que arrojado de la altura por la mano de Dios ó la del diablo, se precipita sin cesar é inunda la llanura.

Y sentí que me arrastraban hácia el fondo de la sima, y que suspendido entre el ser y el no ser, casi apagado el aliento, seguía impulsado por una mano poderosa, que meciéndome en el vacío, no me permitía caer.

Y cuando próximo á ser abandonado por las fuerzas de la vida, sentí mi cuerpo mas pesado, retumbó la honda caverna, y sus ecos repitieron un gemido.

Me preparaba á depositar mi cuerpo en manos de la muerte, y bendecía á Dios que ha ordenado que los cuerpos caigan y los espíritus suban, cuando la misma tenue luz, surgió de aquella tenebrosa oscuridad.

Fijos mis ojos en la luz, la vieron lentamente crecer, lentamente tomar formas y convertirse en un cuerpo, semejante, como un ángel á otro ángel, á la mujer que al principio me había incitado con sus miradas amorosas.

Se acercó silenciosamente: acarició mi frente y dejando tras de sí una estela de luz, se alejó.

Mis ruegos enternecieron á la muerte, y dueño de mi vida, seguí la estela que dejaba la ya lejana figura.

Y caminé por campos de silvestres flores, cuyo aroma, antes era punzante que oloroso.

Y á medida que avanzaba, huían las tinieblas, y brillaban los rayos del sol, iluminando una extensión sin término visible.

Me hallé al fin en un espacio de luz, y respiré la vida.

Postré mi corazón, y proclamé la bondad del Ser de los seres.

Semejante á aquel día, fué el primero de mi alma.

Luz en todas partes, en todas partes flores.

A donde la vista se dirigia, objetos deliciosos: belleza, pureza, bondad, donde las necesitaba el corazón.

Y también, para semejanza mas perfecta, una forma incitante de mujer, allá á lo lejos, y un Dios bondadoso, allá en el cielo.

Pero ¡ah! también la luz de aquel día tuvo sus tinieblas, como ha tenido despues el de mi alma su mas negra oscuridad!...

Sigamos resignados el camino, que si tenemos el valor de terminarlo, sabremos lo que hay en el oscuro «mas allá».

Nosotros no hemos bajado á la tierra para ser felices.

Jamás habia yo gozado como gocé aquel día.

Mi alma, llena de luz, animaba todo mi ser, como aquellos rayos de sol, animaban aquella naturaleza.

Como esta, á la luz del sol, sonreia la mia, á la luz de mi alma.

¡Oh imposible placer!...

¡Mirarlo todo con labio sonriente; olvidar los dolores de la vida; sentirla, hermosa llena de encantos; amarla con pasión y bendecirla; sentirse con valor para soportarla: y humillado el corazón, encontrar en un cielo á un ser mas alto; sufrir por único tormento, el alejamiento de ese Ser, y creyéndose digno de él, admirarle y bendecirle!...

¡Oh imposible placer!...

Nosotros no hemos bajado á la tierra para ser felices.

¿Dejamos por ventura de existir, cuando nos sorprende un no soñado placer, que embotando para el dolor nuestro corazón, tan sensible al dolor, nos concede en un instante sin principio ni fin, cuanta dicha nos habia sido negada?...

Cuando llegado á la vastísima llanura ví aquella luz, ví aquel cielo, ví aquella tierra, ¿por qué en vez de creerse obligada á seguir caminando, mi alma, henchida de sí misma, no desató sus lazos y se lanzó á su espacio?...

Porque era forzoso seguir.

Y seguí persiguiendo al cada vez mas distante fantasma.

Pasaron largos instantes; mi cuerpo desfallecia, y el lejano fantasma, siempre lejos.

Volví á caminar desanimado, y crucé la espaciosa llanura, y me encenagué en el no visto pantano, y trepé ásperas cuevas, ya en su eminencia me ví despeñar y guiado por la siempre visible figura, llegué á orillas del manso arroyuelo, y perdidas las fuerzas, caí fatigado en la margen misma donde el arrullo del agua y de la brisa habia dormido.

Estaba sediento, y arrastrando mi cuerpo, me incliné sobre las aguas y bebí. Apagada la sed, seguí admirando la transparencia del arroyo. Y empezó á dibujarse allá en su fondo, una vaga, finísima figura.

Y el clarísimo cristal la reprodujo, y su boca sonreia, y sus ojos me incitaban.

Sentí un latido vivísimo en mi pecho, y arrebatado, delirante, loco, iba á lanzarme al fondo del arroyo, cuando despues de oír á mi espalda un leve ruido, ví borrarse del fondo la figura.

Busqué á mi alrededor y nada ví.

Busqué cuidadoso en la floresta, en la selva sombría...

¡Nada, nada!...

Empezaba á angustiarme, á sentir el vacío de mi alma, la orfandad de mi ser.

Se deslizaban los instantes de la vida: el dedo del tiempo me amenazó: la nada de mi existencia anubló mi corazón y deseé la muerte.

Una tarde apacible y deliciosa, una tarde de América, sucedió al largo día.

Empezó á oscurecer, pero no oscureció.

Si el último rayo del sol apenas encendia el Occidente, la luna impoderable de los trópicos aparecia en el opuesto horizonte, llena, radiante, solemne, á despedir al sol.

Y su luz, rival allí de la del día, fué ahuyentando las sombras del Oriente, transparentando el azul de los cielos, aclarando las copas de los árboles, remedando al día.

Y las aves la saludaron con su trino postrero, desde su lecho de hojas; los insectos de sus hoyos; desde su cárcel mi alma.

Y la armonía de aquella pujante y misteriosa naturaleza, dominó el silencio y entonó sus alabanzas á la noche.

¡Qué hermosa noche era aquella!...

¡Bendita sea la desdichada América, en donde de tal manera he visto á Dios!...

Agitó mi corazón el placer de la melancolía, y gozando suspiré, y sonriendo gemí.

Y un deseo vago y tenaz me hizo sentir la falta de algo, y acordándome de ella, me llamé infeliz.

Dirigí mis pasos al arroyo, cuyas aguas centelleaban, al rielar de la hermosa solitaria de la esfera.

Allí evoqué mis recuerdos, y la memoria del bien pasado anubló mas mi corazón.

Pedí consuelo á todo lo que me rodeaba; á la luna, al arroyo... en cuya superficie se dibujó y borró instantáneamente el contorno de aquella mujer, de aquel fantasma, de mi visión...

¡Vosotros, los que hayais disfrutado de un placer verdadero en vuestra vida, comprended mi placer!

No distante de mí, me incitaba también con sus miradas.

Y como siempre, al acercármela, huyó.

La perseguí otra vez, y otra vez me agité por alcanzarla.

A orillas del arroyo corriamos los dos, ella, volviendo la cabeza para asegurarse de la distancia; maldiciendo la distancia, yo.

Al fin, confiada sin duda en su ligereza, se detuvo en la entrada de la selva, por cuyas soledades seguia el arroyo corriendo.

Tuve confianza y aceleré mi carrera: llegué á su lado y la ví distraída, cogiendo pedrezuelas del arroyo, cuyo fondo otra vez la retrató.

La retrató; pero confusamente; y en aquella vaguedad de su belleza reproducida, habia tal encanto, que ni movimiento tuve para apoderarme de la que tantos afanes me costaba.

Al través de aquel agua cristalina era tal su belleza, tan seductora su infantil sonrisa, tan puras sus formas, escintantes como el espejo que las reflejaba, que me pareció miserable aquella tierra, pálida aquella luna, menos encantadora ella misma en la realidad, que en su confusa reproducción.

Y olvidándome de que estaba á mi lado y perdida otra vez la razón, iba otra vez á arrojarle al agua para arrebatarme mi tesoro, cuando oí una inocentísima carcajada, y

vi una forma deslizándose por entre los árboles de la selva; perdidos en la soledad llegaron á mi oído los ecos distantes de una risa.

Estimulado por la esperanza, volé, la ví, la alcancé y la estreché contra mi corazón.

Besé con delirio su cabeza; mas enojado por no poder besarla sino al través del velo, cogí el velo y lo arranqué...

¡Oh terrible dolor!

Sentí mi corazón herido, mi alma, poco antes tan gozosa, lloró desesperada.

El fantasma misterioso, huía por el bosque, llorando sin consuelo.

Caí arrodillado, dirigiendo suplicante mis manos hácia él, y cuando al perderse en la frondosidad del bosque, enjugaba sus lágrimas en una mano, y volvía condolido la cabeza, agitando en la otra mano el velo misterioso, el dedo del tiempo secó mi corazón y desperté, gritando con angustia; «¡era mi bello ideal!...

Vosotros, vosotros los que al nacer vuestra alma, visteis fulgurar, allá muy lejos, una luz que os atrajo, y que vagando siempre por las soledades misteriosas de vuestra imaginación, fué en ella tomando forma, y os inició y os incitó, y mas amable os pareció cuanto mas vaga, tended una mirada por el mundo, y tened valor para curaros.

Vosotros, los que al nacer vuestra alma, visteis fulgurar una luz, allá muy lejos, y no temiendo el dolor, la seguisteis incansables, durmiendo perpétuamente, perpétuamente esperando, comprended mi sueño y despertad.

Quiera el cielo que el aviso que mi sueño encierra, llegue á tiempo para alguno.—P. R.

LAS AVES VIAJERAS.

LA GOLONDRINA DE VENTANA, DE RIO Y DE CHIMENEA.—EL VENCEJO.

De todas las aves viajeras, las que mas vivamente excitan nuestra curiosidad y han llamado la atención de los naturalistas, son las golondrinas. De un carácter dulce, sencillo, esencialmente social, este animal no nos causa ningun daño, puesto que no toca ni una espiga en los campos, ni una fruta en nuestros huertos, por el contrario, no puede sernos mas útil de lo que lo es, puesto que nos libra las habitaciones de insectos importunos, con los cuales se alimenta. Nos divierte con su gorjeo matutino y vespertino, con la suma agilidad de su vuelo, y nos interesa por sus regulares emigraciones, por su amor á la prole y por la singular sagacidad de que dá muestras en la construcción de su nido. Pocas son las naciones, por no decir ninguna, que cazen las golondrinas, cuya carne, por otra parte, es muy flaca, y de un gusto muy poco agradable.

Dividimos las golondrinas en cuatro clases principales á saber: *golondrina de ventana* y de *chimenea*, que tienen entre si mucha relación; *golondrina de río*, ó mas bien de *ribera*, llamada así porque hace su nido en la arena y á orillas de las corrientes, y por último el *vencejo*, la mayor de las golondrinas conocidas, que construye su nido en lo alto de las paredes mas elevadas, en los agujeros de los peñascos y de las cavernas solitarias. El *vencejo* tiene á veces de 14 á 15 pulgadas de largo, y no se asocia ni viaja con las golondrinas; por el contrario, frecuentemente destruye sus nidos, ó bien se apodera de ellos para empollar sus huevos.

Sin que sea nuestro ánimo historiar particularmente cada una de estas especies, resumiremos en pocas palabras las

observaciones que se han hecho sobre las golondrinas en general por varios naturalistas de primer orden.

Cuando las golondrinas no encuentran en un país los insectos que les convienen, se trasladan á comarcas menos frias, que les ofrezcan en abundancia el pasto sin el cual no podrian subsistir. Las que habitan en Europa parten en el mes de octubre, y pocos dias despues, se las ve llegar, en Africa, en el Senegal, en las costas de Egipto ó en otros países meridionales. Muchas veces caen postradas por la fatiga en el seno del mar, ó descienden á descansar en las vergas de los buques que hallan en su camino. El almirante Wager hallándose en la primavera en el canal de la Mancha, vió una gran bandada de golondrinas caer sobre su buque, cuyos cables y vergas cubrieron casi por completo. Estaban muy flacas y parecian hambrientas. Volvieron á emprender su vuelo al dia siguiente, despues de haber descansado toda la noche.

Cuando llega la primavera, las golondrinas abandonan las comarcas meridionales para volver á Europa. Las hay sin embargo que jamás dejan aquellos países. Donde el verano no es muy riguroso. Así es que en una parte de la Libia donde nace el Nilo, en Etiopia y en el cabo de Buena-Esperanza, se ven golondrinas todo el año. Pocos de nuestros lectores habrán dejado de notar las circunstancias, y acompañar la partida de esas avecillas. Se reúnen en numerosas bandadas en sitios ya elegidos de antemano, y siempre los mismos; en ellos aguardan durante algunos dias y mientras sopla un viento contrario que podria fatizarlas en su vuelo y contrariar su travesía. Apenas cambia el viento, parten todas á la vez. Su partida generalmente tiene lugar durante la noche, como si temieran llamar la atención, durante el dia, de las aves de rapiña.

Todas las golondrinas tienen el pico y el tragadero anchos, los piés cortos y las alas largas; la cabeza aplumada y cuasi sin cuello; todas viven de insectos que cazan volando y su cola es ahorquillada, al menos en la mayor parte de las especies. Construye su nido con el mayor esmero, y si algunas anidan en los agujeros de las paredes, ó en el suelo, hacen ó escojen escavaciones bastante profundas, á fin de que sus hijuelos estén en seguridad, y se hallen á la vez con blandura y con buena temperatura.

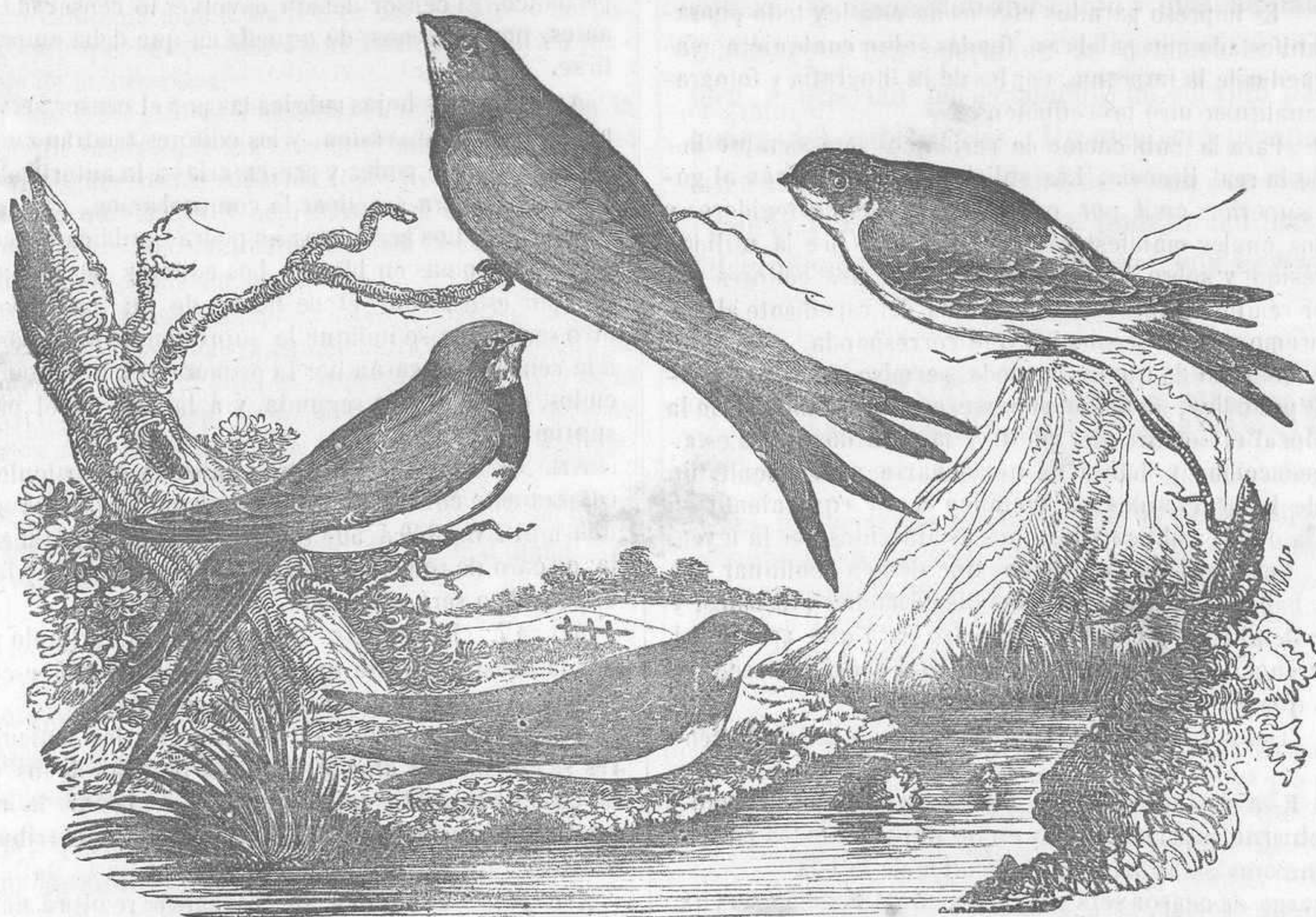
El vuelo de la golondrina es atrevido, ligero y sostenido; el vuelo es su estado natural; cuasi diríamos su estado necesario. Come volando, bebe volando, se baña volando y algunas veces da de comer á sus pequeños, volando. Conoce que el aire es su dominio; lo reconoce en todos sentidos, como para disfrutar de él, en todas sus partes, y el placer de este goce lo manifiesta con gritos de júbilo. Y da caza á los insectos que revolotean, y sigue con agilidad y destreza, su marcha oblicua y tortuosa, ó bien deja á uno para correr en pos de otro, atrapando de paso á un tercero; y se roza ligeramente la superficie del suelo ó de las aguas, para cojer á los que la lluvia ó la humedad reúne allí. Escapa á la impetuosidad de las aves de rapiña, por la rapidez y flexibilidad de sus movimientos.

Las golondrinas no parece que pertenezcan mas bien á un continente y á otro. Las que vemos en nuestros climas se hallan en Noruega, en el Japon, en las costas de Egipto, en las de Guinea y en el Cabo de Buena-Esperanza. ¿Qué país será inaccesible á unas avecillas que vuelan y viajan con tanta facilidad? Nuestras golondrinas solo viven con nosotros durante la estación muy bella del año; empiezan á aparecer sobre el equinoccio de la primavera, y desaparecen poco despues del equinoccio de otoño.

Muchos naturalistas, y entre ellos el gran Lineo, han

pretendido que en los países septentrionales, las golondrinas se sumen en el agua ó en el limo, cuando llega el invierno. Volviendo á salir á la vuelta de la primavera, después de haber pasado en un estado de entorpecimiento completo, el tiempo de la estación rigurosa. Añaden que los pescadores sacan á veces en sus redes, con el pescado, grupos de golondrinas, que están pegadas unas á otras, pico con pico, piés con piés; que estas aves, colocadas en estufas, se reaniman pronto, pero para morir enseguida, y que únicamente conservan la vida después de haber vuelto de su estupor, las que experimentan en su tiempo la influencia de la estación de las flores, que estas vuelven en sí muy lentamente, salen poco á poco del fondo de las aguas, suben por fin á la superficie y natura les devuelve, después de varias gradaciones, su verdadero elemento.

Un hecho tan contrario á las leyes de la organización de las aves, ha sido considerado como imposible por otros naturalistas, no menos hábiles y numerosos, que los que creían haber hallado la verdad. Cuando un cuadrúpedo ó una ave ha empezado á respirar, no puede dejar de respirar sin cesar de vivir, y es indudable que no puede respirar dentro del agua. Se ha probado de tener algunas golondrinas debajo el agua, por espacio de algunos días, y á pesar de haberse tomado todas las precauciones necesarias, ninguna de ellas pudo salvarse. No pueden compararse las golondrinas con los insectos, las ranas y los peces, cuya organización interior difiere muchísimo de la suya. Verdad es que existen animales, que durante el invierno viven aletargados, como por ejemplo las marmotas, los herizos, los murciélagos, etc.; pero estos animales están en el aire y no en el agua, y por



La golondrina de ventana, de río y de chimenea.—El vencejo,

otra parte su calor interior es muy débil y no tiene necesidad de una circulación de sangre muy sensible.

Sabido es que se ha ofrecido públicamente en Alemania á cualquiera que durante el invierno trajese alguna de estas golondrinas hallada en el agua, tanta plata como pesara el mismo, pero hasta el presente no se ha vendido ninguna. Un naturalista distinguido, M. Frich, ha hecho un experimento ingenioso que contradice la opinión de Lineo. Ató á los piés de algunas golondrinas unos hilos teñidos en colores que se descomponían en el agua y volvió á ver al año siguiente aquellas mismas avejillas con los hilos que habían conservado el color, lo que le probó que las citadas golondrinas no habían pasado el invierno debajo del agua ni siquiera en lugares húmedos. Entre las golondrinas que se reúnen por la noche en los juncos de los estanques, en los primeros y últimos tiempos de su permanencia y que revo-

lotean frecuentemente por sobre el agua, las habrá sin duda que se ahogarán y sacarán después los pescadores en sus redes; y cuando la suerte de esas aves no haya precedido á la pesca sino algunas horas, pueden volver á la vida con el auxilio de una suave temperatura. Hé aquí sin duda á todo lo que se reduce el hecho tan poco creíble de la permanencia de las golondrinas en el agua durante el invierno.

Algunas personas se han servido á veces, y todavía podría lograrse un buen éxito, de esas avejillas para espedir con rapidez noticias interesantes. Para lograrlo no hay más que apoderarse de una hembra que esté empollando en el lugar donde se quiera comunicar la noticia y soltarla con un hilo en la pata anudado ó teñido convencionalmente. Aquella buena madre dirigirá enseguida el vuelo hacia el país donde dejó su nido y con una rapidez asombrosa será portadora del mensaje que se se le hubiese confiado.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE ULTRAMAR.

Real decreto.—A propuesta de mi ministro de Ultramar, de acuerdo con el Consejo de Estado en pleno,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º No podrá publicarse impreso alguno sin previo conocimiento del gobernador superior civil de la isla. El aviso se dará por escrito; lo firmará el editor, con expresión del lugar de su naturaleza, vecindad y residencia y de las demás circunstancias que necesitare para determinar su identidad; designándose el título que haya de llevar el impreso, el nombre del impresor y las señas de su establecimiento.

Art. 2.º Es impreso para los efectos de esta ley todo pensamiento manifestado con palabras, fijadas sobre cualquiera materia por medio de la imprenta, por los de la litografía y fotografía ó por cualquier otro procedimiento.

Art. 3.º Para la publicación de periódicos será siempre indispensable la real licencia. Las solicitudes se dirigirán al gobernador superior civil por conducto de los corregidores y alcaldes, los cuales manifestarán su parecer sobre la utilidad de la concesión y sobre las circunstancias de los editores. El gobernador remitirá con su informe copia del expediente al gobierno supremo para la resolución que corresponda.

Art. 4.º En caso de que se conceda permiso para la publicación del periódico, deberán ponerse en conocimiento de la autoridad local el nombre del editor y la casa donde se establezca la redacción, y habrá de consignarse previamente un depósito de 4,000 escudos en metálico ó su equivalente en efectos de la deuda pública á los tipos establecidos por la ley.

Art. 5.º Los periódicos existentes que deseen continuar publicándose habrán de sujetarse á las disposiciones presentes, y se les concede al efecto un mes de plazo para que acudan al gobernador superior civil de la isla, el cual podrá conceder el permiso de que habla el artículo 3.º

Art. 6.º Todos los periódicos estarán sujetos á la previa censura.

Art. 7.º Esta censura se ejercerá en la capital por la secretaria del gobierno superior civil, y en los departamentos por las personas que nombre la autoridad superior de la isla.

8.º El cargo de censor será gratuito y su desempeño servirá de mérito muy especial en todas las carreras del Estado.

Art. 9.º Las obligaciones de la censura serán:

1.ª Censurar los periódicos en el tiempo que mas adelante se dirá, y con la brevedad posible los demás escritos que á ellos se sometan.

2.ª Dar parte al gobernador superior civil, de los periódicos en que se hayan publicado artículos no aprobados ó alterados, dentro del mismo día en que el hecho haya acontecido.

3.ª Redactar y remitir cada cuatro meses al mismo gobernador una memoria sobre el estado de la prensa, con especialidad de la periódica, manifestando las medidas que consideren convenientes para evitar los abusos que observaren.

Art. 10. No se publicará escrito alguno sobre dogma religioso, sobre la Sagrada Escritura ó la moral cristiana, sin permiso del diocesano.

Art. 11. No permitirán los censores que se inserten en los periódicos:

1.º Los artículos en que se viertan máximas ó doctrinas contrarias á la religion católica apostólica romana, al respeto de los derechos y prerogativas del Trono, á la Constitución de la monarquía y á la integridad de la nacion.

2.º Los dirigidos á excitar la rebelion ó á perturbar de cualquier modo la tranquilidad pública.

3.º Los escritos licenciosos y contrarios á las buenas costumbres.

4.º Los calumniosos é injuriosos y los libelos infamatorios contra las personas, aun cuando estas no se designen por sus

nombres, siempre que los censores estén convencidos de que se alude á determinados individuos.

5.º Los que injurien á los soberanos y gobiernos extranjeros y exciten á sus súbditos á la rebelion.

Art. 12. Cuando un periódico publique hechos inexactos, falsos ó desfigurados respecto á personas, tribunales, corporaciones ó asociaciones autorizadas por la ley estará obligado á insertar en uno de sus números y dentro de tres dias las rectificaciones que en términos convenientes se le dirijan. Estas rectificaciones deberán insertarse en la misma plana y en igual carácter de letra que el párrafo ó párrafos á que se refieran, y serán gratuitas en lo que no excedan del triplo de la impresion, sin que la redacion del periódico pueda suprimir ni alterar nada de su contenido.

Art. 13. Los materiales para cada número de periódico se remitirán á la censura impresos y por duplicado á la hora que cada censor señale, teniendo en cuenta la de la publicación del periódico. El censor deberá devolver lo censurado cuatro horas antes, por lo menos, de aquella en que deba empezar á repararse.

Art. 14. Las hojas rubricadas por el censor servirán precisamente para la impresion, y los editores tendrán cuidado de conservarlas en su poder y pre-entárselas á la autoridad siempre que se les exija para practicar la comprobacion.

Art. 15. Los periódicos no podrán publicarse con una parte de sus columnas en blanco. Los editores de los periódicos en que por este medio, el de líneas de puntos ó por cualquiera otro semejante se indique la supresion de artículos presentados á la censura, pagarán por la primera vez una multa de 200 escudos, de 400 por la segunda, y á la tercera el periódico será suprimido.

Art. 16. El periódico que imprima un artículo que no esté enteramente conforme con lo aprobado por la censura, pagará una multa de 300 á 500 escudos á juicio del gobierno de la isla: en caso de reincidencia la multa será doble, y la tercera vez el periódico será suprimido.

Art. 17. El periódico que imprima un artículo no aprobado por la censura pagará una multa de 400 á 800 escudos por la primera vez, y á la segunda será suprimido.

Art. 18. Las multas establecidas en los artículos anteriores se entenderán sin perjuicio del derecho de los particulares, en caso de injuria y calumnia, para reclamar la reparacion y castigo de estas con arreglo á las leyes ante el tribunal competente.

Art. 19. Cada editor de periódico remitirá un ejemplar en el mismo dia de su publicación al respectivo censor, otro al archivo del gobierno superior civil de la isla, otro al censor de la capital, sea cual fuere el punto en que el periódico aparezca, y otro al gobierno supremo por el primer correo.

Art. 20. Los censores en el desempeño de sus cargos estarán sujetos á las disposiciones que en materia de responsabilidad rigen para los empleados públicos.

Art. 21. Los artículos remitidos á las redacciones, aun cuando fuesen anónimos, se considerarán para los efectos de la responsabilidad como propios del periódico en que se publiquen.

Art. 22. El impresor ó librero que vendiese ejemplares de un número prohibido pagará por cada ejemplar el importe de 200 al precio de venta.

Art. 23. Son responsables como autores de todo impreso el autor mismo si fuese habido; en su defecto el editor ó director de la publicación, y el impresor en último lugar; y por falta de los anteriores la imprenta, sus enseres y efectos y los de la redaccion en los periódicos quedarán, además del depósito, especialmente afectos, con preferencia á todo otro acreedor, á las responsabilidades judiciales ó gubernativas que emanen de abusos en los impresos.

Art. 24. Se tendrá por autor de un impreso á la persona á quien legalmente se probase haber presentado el original que hubiere servido para la impresion.

Art. 25. Antes de ponerse en circulación cualquier impreso, se entregarán tres ejemplares en la secretaria del gobierno su-

perior civil si se publicase en la capital, ó en el corregimiento ó alcaldía si faese fuera de ella. El gobernador á la persona en quien al efecto delegase este sus funciones, así como el corregidor ó el alcalde en su caso, estamparán el sello del gobierno en un recibo que se entregará al que presentare el impreso, expresando la hora en que se hiciere la entrega. De los tres ejemplares se enviará siempre uno por el primer correo al gobierno supremo.

Art. 26. La autoridad podrá resolver de oficio ó á instancia de parte, que se prohiba la venta y distribución de todo impreso en que á su juicio se contengan ideas, doctrinas, relaciones de hechos ó noticias ofensivas á la religion católica apostólica romana, al rey, á la integridad nacional, á la Constitución de Estado, á los soberanos extranjeros, ó que tiendan á relajar la disciplina del ejército ó á alterar el orden público, ó que sean contrarios á la moral ó á la decencia. También podrá acordarse la prohibición de la publicidad de los impresos en que se cometa injuria ó calumnia manifiesta contra particulares ó corporaciones, siempre que el interesado lo reclame con motivo justo en concepto de la autoridad.

Art. 27. Los corregidores y alcaldes cuando prohibiesen la publicidad de un impreso, darán cuenta necesariamente por el primer correo al gobernador superior civil, y esta autoridad, lo mismo en el caso que acaba de expresarse que cuando adoptare por sí la misma medida, lo manifestará sin falta al gobierno supremo también por el primer correo.

Art. 28 y último. Queda siempre á salvo el derecho de todo autor para reclamar gubernativamente contra la prohibición de la publicidad de un impreso ante el superior gerárquico de la autoridad que haya acordado la medida. Este mismo derecho se reserva á los autores para el caso en que se crean perjudicados por la tardanza en ser censuradas sus obras.

Dado en San Ildefonso á treinta y uno de agosto de mil ochocientos sesenta y siete.—Está rubricado de la Real mano.—El ministro de Ultramar, Carlos Marfori.

En el mismo correo que conduzca el presente número á nuestros suscritores de Puerto-Rico, llegará á esta isla, nuestro distinguido é ilustrado amigo D. José Coll y Britapaja, quien va á establecer en ella su residencia y á ejercer su noble profesion de abogado.

Deseamos al señor Coll tan feliz acogida á su llegada á Puerto-Rico, como ha sido cordial nuestra despedida, al ausentarse de Barcelona.

En una proclama que ha dado Juerez á los mejicanos se lee el siguiente párrafo:

«Se ha pretendido que mis opiniones difieren de las de los miembros del gabinete. Estos consideraron cuando nuestra salida de San Luis de Potosí para la capital, que debian ofrecer su dimision atendido á que habia terminado su encargo. Nuevamente despues me han ofrecido sus carteras á fin de dejarme completa libertad de accion; pero no he creido deber aceptar esta dimision, porque no hay diferencia alguna en nuestras opiniones y porque tengo la mas completa confianza en la rectitud y lealtad de mis ministros.»

Están terminados los estudios para la colocacion de un cable trasatlántico entre Francia y los Estados- Unidos. Este cable partirá de Brest y terminará en el continente americano en San Pedro Miquelon. Repetidos

ondeos han dado á conocer que el fondo del mar en ese trayecto ofrece casi una seguridad de buen éxito. Saint Pierre está en la corriente eléctrica terrestre de París y casi en la misma latitud. De esta primera estacion el cable, para llegar á Nueva-York, seguirá la costa inglesa del Nuevo-Brunswick y el litoral americano del estado de Maine, de New-Hampshire, de Massachusetts y de Connecticut. A primera vista parecia mas natural ir en línea recta de Brest á New-York: pero el Atlántico tiene muchas zonas de fondos enteramente insondables, en las que se arrojarían sin resultado inmensas cantidades de cable; por eso es inadmisibile este camino. En el próximo mes de mayo se principiará la inmersión del cable, que se fabrica ya en Lóndres, y esa operacion se confiará al «Great Eastern,» que tan perfectamente ha servido para la instalación del cable inglés. Un mes será tiempo suficiente sin duda alguna, y en julio de 1868, lo mas tarde, la Francia y la Europa entera podrán cambiar despachos telegráficos, por la via francesa, con la América.

REVISTA ESTRANGERA.

Los puntos negros que nos señaló el emperador Napoleon al pronunciar los discursos de que hemos hablado en nuestras anteriores revistas, lejos de haberse desvanecido dejando limpio y sereno el horizonte político europeo, han ido estendiéndose desde entonces y convirtiéndose, mejor que en manchas de grandes dimensiones, en verdaderos nubarrones cargados de electricidad y próximos á dejar escapar el rayo.

Véanse sino, desde el primero al último de los periódicos que se publican en Europa. Contestes todos ellos y en especial los corresponsales acerca de donde se vá, y como quien sabe perfectamente que á cañonazos tan solo puede desenredarse la madeja, se limitan á añadir detalles sobre detalles referentemente á los preparativos belicosos, que, al decir de algunos, quedan ya completados y prontos al ensayo.

Así que para no incurrir en repeticiones, prescindiremos por hoy de condensar ó extraer en la presente revista todo lo mucho que hemos leído durante la última quincena, ya que en resumen no haríamos mas que para frasear lo sabido y repetido hasta la saciedad. Mas para que no se nos crea bajo la fé de nuestra sola palabra, y, como para muestra basta un boton, he aquí los mas recientes párrafos que acerca del particular escribí un corresponsal parisiense á un periódico que forma entre los que hasta el último extremo, se empeñan en ver las cosas de color de rosa: y como se observará lo ve hoy negro todo.

Dice con fecha del tres del actual.

«El *Monitor* desmiente hoy todos los rumores que circularon ayer y causaron tanta impresion en la Bolsa. Es deplorable, dice el diario oficial, que en el crédito público puedan influir semejantes manejos; el gobierno ha indicado inmediatamente á la autoridad judicial la conveniencia de formar causa en averiguacion de los autores de estas falsas noticias.»

«Por desgracia lo que el gobierno no puede desmentir ni perseguir, son los hechos muy ciertos y los indicios muy claros que sirven de punto de partida á todas las suposiciones y de base á todas las inquietudes de la opinion pública. Es un hecho que todas nuestras guarniciones del Este han sido reforzadas; que al presente constituyen un ejército de mas de cien mil hombres provistos de fusil Chassepot, y que se prosiguen con actividad los estudios necesarios para poner en estado de defensa todos

los puntos fortificados. Es un hecho también que en todos nuestros arsenales se trabaja con una actividad tal, como no se había visto de quince años acá; que siguen haciéndose en grande escala compras de caballos; que han sido llamados á las armas dos cupos de la reserva; y que la autoridad militar no concede licencias sino por breves plazos. Es un hecho que Bélgica eleva su ejército al enorme efectivo de cien mil hombres, con treinta mil de reserva; que Suiza está tomando medidas de precaución, y que el gobierno federal ha nombrado una comisión de oficiales é ingenieros encargada de examinar las obras de los caminos de hierro que habrán de ser destruidas en caso de guerra.

Semejantes hechos hablan por sí solos, y bastan para explicar la alarma y la desconfianza del público.

¿Quién ha de creer que en medio de las circunstancias más graves que ha atravesado la Europa desde 1815, el Emperador convoque en Biarritz á sus principales consejeros, únicamente para hablar con ellos del reemplazo de algunos prefectos ó de la cuestión de caminos vecinales?

En algunos círculos políticos se habla mucho de una Memoria que, según parece, ha dirigido Mr. Drouyn de Lhuys al Emperador por encargo de S. M. El ex-ministro de Negocios extranjeros es individuo del consejo privado, y bajo este concepto el encargo que el jefe del Estado ha hecho á sus luces y experiencia, nada tiene de sorprendente. La Memoria de que se trata, parece abarcar toda la situación actual de Francia y de Europa; examina todas las dificultades y todas las cuestiones de actualidad, y preténdese que indica las soluciones que parecen al autor más prácticas y prudentes.

Añádese que Mr. Drouyn de Lhuys aconseja claramente en el final una política exterior capaz de realzar el prestigio de la Francia, y que se muestra no menos preciso con respecto á Roma, que con respecto á Alemania.

Según los propios rumores, el señor Nigra ha ido positivamente á Biarritz para obtener una revisión del convenio de 15 de Setiembre, ó hablando con más exactitud, una nueva interpretación, es decir, que la Francia declare que en adelante dejará á la Italia el cuidado de proteger los restos de los Estados de la Santa Sede.

Si semejante hecho se realizase, no sería en realidad una modificación del convenio de setiembre, sino su completa destrucción y el abandono definitivo del Papa »

Y añade con fecha del 4:

«En vano el gobierno multiplica los comunicados y otros medios para negar los hechos, nada consigue tranquilizar la opinión pública. Y es natural por otra parte. Lo que pesa sobre los negocios y sobre los ánimos, lo que produce y alimenta la inquietud general, no es una noticia falsa, sino una situación incierta que conduce á lo desconocido.

Difícil es que la calma y la confianza renazcan en medio de las oscuridades, de los equívocos y aun de las contradicciones en que vivimos; todos comprendemos que nos acercamos á una crisis y esto es lo que produce la emoción general. No sucedería esto si se tratase solamente de cambios de ministros; pero cuando se trata de guerra ó de paz, de tranquilidad ó de conmociones de la Europa entera, de la fortuna ó de la vida de miles de hombres, se comprende la inquietud y la perplejidad.»

El *Charivari*, periódico satírico que saca partido de todo, pero cuyo lápiz resume á veces la situación con una exactitud singular, publicó uno de estos días una delicada caricatura en la que el Tiempo hablando al oído del Otoño, le daba por consigna estas dos palabras: *artillería y fraternidad*. ¿No es este en efecto el resumen fiel de la situación? háblase de paz, de conciliación, de buenas y simpáticas relaciones entre los gobiernos, y se preparan con actividad febril genios de guerra y de destrucción, capaces de espantar á la humanidad.

Preténdese que el mariscal Niel ha dicho ó escrito al Emperador esta palabra testual: «Cuando queráis, señor...» Añádese que el almirante Rigault de Genouilly, ministro de marina, ha manifestado también que todo está dispuesto en nuestros puertos.

L'Époque hace una pregunta que merece ser mencionada:

«¿Es verdad, dice este periódico, que el conde de Goltz en una reunión pública ha pronunciado las palabras siguientes: Si una potencia cualquiera quisiese tratar de impedir la unión del Sur de Alemania con el Norte, esa potencia crearía un caso de guerra?» — «¿Es verdad, sigue diciendo el propio periódico, que estas palabras cuya gravedad no necesita ponerse de manifiesto, han sido comunicadas telegráficamente por varios embajadores á sus gobiernos?»

Hé aquí á qué punto estamos de paz.

Los periódicos del Este anuncian que el general de ingenieros Frossard, ayo del príncipe imperial, está recorriendo Metz y otras plazas fuertes de nuestra frontera. Hoy se le esperaba en Estrasburgo. Hé aquí un nuevo síntoma pacífico.

En vista, pues, de los anteriores extractos, confirmación la más explícita de cuanto ha venido vaticinando *Las Antillas* antes y después del llamado convenio de Londres, solamente se nos ocurre preguntar de nuevo: ¿cuándo y dónde se dispara el primer cañonazo?

No se olvide tampoco que está tocando á su fin la exposición de París, que, en calidad de *simple negocio*, pudiera muy bien haber hecho aplazar otras cuestiones de mayor importancia fuera del terreno mercantil y especulativo, se entiende, pues, como dicen nuestros vecinos de alende el Pirineo, «*l'argent fait tout*»

Y como si la verbosidad periodística no fuese suficiente para indicar los grados de efervescencia en que se rebulle los políticos, héte aquí que la casa Dentu de París, editor obligado, por así decirlo, de cierta clase de publicaciones destinadas de tiempo en tiempo y con arreglo á las circunstancias, á llamar la pública atención, así por lo que dicen, como por lo que aparentan callar, acaba de dar á luz con el título de *LA PRÓXIMA GUERRA*, un folleto asaz enérgico y expresivo, que pasamos á reproducir como documento que lo merece, tanto más cuanto se le atribuye el mismo origen que á algunas otras publicaciones anteriores y de parecida índole, al paso que de igual oportunidad; las cuales han merecido con frecuencia el honor de ser tenidas por órdenes del día ó cosa así. No somos, pues, nosotros los que vamos á hablar, sino el citado folleto. Leanse algunos fragmentos del mismo, que á continuación transcribimos.

I.

«La diplomacia ha apagado una tea de discordia, el incidente de Luxemburgo: las tropas francesas han vuelto de Roma y Méjico: el Emperador de los franceses ha ido á llevar al de Austria un *afectuoso testimonio de simpatía*, y á entenderse con él sobre los medios de conciliar la conservación de la paz con la situación creada á los dos imperios por la ambición y las victorias de la Prusia: Garibaldi, en vez de haberse instalado violentamente en el Capitolio, ha presidido en Ginebra el Congreso internacional de la paz, y se ve obligado á interrumpir, si no sus injurias, sus violencias al menos, contra el jefe augusto del catolicismo; el czar y el sultán se prodigan demostraciones de amistad y de confianza; los soberanos de todo el mundo han concurrido á París á admirar sus maravillas, y á tender una mano fraternal al jefe de la Francia; la paz presidia las fiestas dadas en honor suyo, y hubiérase dicho que el Campo de Marte, donde se celebra el maravilloso torneo de la industria universal, era el campo de la federación de los reyes y de los pueblos, como fué en 1790 campo de federación de las provincias francesas.

Este magnífico espectáculo, que ni tuvo, ni acaso tendrá igual nunca, nada dejaría que desear, si la realidad respondiera á tan bellas esperanzas: mas por desgracia no es así.

II.

¿De dónde procede el descontento de la Francia? ¿Será de las recientes victorias de la Prusia, de sus esfuerzos y de sus afortunados pasos para unificar la Alemania? De ningún modo. La Francia tiene suficiente gloria militar para no envidiar la de nación alguna, y después de haber constituido con sus tesoros y su sangre la unidad de Italia, le estaría mal quejarse de la unidad de Alemania.

No puede, pues, atribuirse el descontento de la Francia á la obra que se está realizando en Alemania.

No echa de menos nada de sus vastas conquistas exteriores, lo que la tiene irri-te y descontenta es la vergüenza que va unida á la mutilacion. Mientras esta vergüenza no se borre, mientras la mutilacion no se repareni, estará *satisfecha*, la Francia, ni la Europa *tranquila*.

III.

IV.

¿Qué se entiende por suelo francés? Nada mas fácil de determinar. Es francesa toda tierra que se halla dentro de los límites naturales de la Francia.

Despues de una gran guerra, la Francia ha recobrado sus límites de los Alpes: nada tiene que reclamar por los Pirineos ó por el Océano: solo le falta su frontera natural del Rhin. De esta parte tiene las llaves de su casa en poder de extranjeros y el flanco abierto á los golpes que un vecino ambicioso quisiera asestarle. ¿Es esta situacion digna de su poder y de su gloria? Y cuando los tratados que á ella dan origen son desgarrados por los que contra ella los establecieron, ¿no seria mas que resignacion de su parte, seguir siendo la única que los respete?

V.

Nadie pondrá en duda que los límites de la Francia son los que hemos indicado. Los franceses de hoy son los galos de antaño; los límites de la Francia, los de la antigua Galia.

Citaremos las palabras del glorioso mártir de Santa Elena, que Napoleon III se apropió en el último discurso de apertura de las Cámaras:

«Uno de mis mayores pensamientos ha sido la aglomeracion, la concentracion de los mismos pueblos geográficos disueltos ó despedazados por las revoluciones y la política. Esta aglomeracion la traerá tarde ó temprano la fuerza de las cosas.»

Y en efecto, para Italia y Alemania nosotros la hemos traído. La Francia solo espera el complemento de la suya.

VI.

Despues de Waterlloo, y á pesar del aniquilamiento de la Francia, era tan general el convencimiento de que sin vergüenza no podia aceptar los límites supuestos, que los mismos hombres de la Restauracion no se resignaron sino con el rubor en la frente y la tristeza en el corazon.

Despues de firmado el tratado de 1815, escribia el duque de Richelieu á Mr. de Laisme:

«¡Todo se ha consumado! Mas muerto que vivo, he puesto mi firma en este fatal tratado. Habia jurado no hacerlo, y el Rey lo sabia. Pero, anegado en lágrimas, el desdichado príncipe me ha rogado que no le abandone, y era imposible vacilar.»

Poco despues, Mr. de Chateaubriand, en el Congreso de Verona, trazaba las siguientes líneas.

«La falta capital del Congreso de Viena es haber puesto á un pais militar como Francia, en un estado forzoso de hostilidad hácia los pueblos fronterizos.»

VIII.

La Bélgica, nombrada por César la primera de las tres partes de la Galia, era entonces mucho mas estensa que hoy. Además de la Bélgica actual, el Luxemburgo, Limburgo y las provincias rhinianas, comprendia varios departamentos franceses: la Somme, l'Oise, parte del Sena inferior y del Eure, la Manche, Pas de Calais, Nord, Aisne, Ardennes, la Marne, la Meuse, la Meurthe, la Moselle, les Vosgues, Alto y Bajo Rhin; en una palabra, casi la tercera parte del imperio.

Si lo que queda de la antigua Bélgica, asi como las provincias rhinianas y el Luxemburgo, han sido separadas frecuentemente de la Francia por consecuencia de guerras desgraciadas ó de repartos entre los hijos de los soberanos, esos paises no han dejado, sin embargo, de ser franceses, en virtud del doble principio del territorio y de la nacionalidad. Jamás los ha

renunciado la Francia, y siempre que se ha considerado fuerte, ha querido reconquistarlos.

¿Se quiere otra prueba de la persistencia de la Francia sobre sus límites naturales? Pues la encontramos en los aplausos unánimes tributados á estas palabras patrióticas, que en 1849 pronunció Lamartine desde la tribuna:

«Hablad á la Francia de los Alpes y del Rhin, y sereis comprendido antes de haber acabado. Allí está su gloria, allí su espíritu, allí volverá su bandera.»

«Los tratados de 1815, desquite violento de la omnipotencia armada de un conquistador, ¿no son reaccion de la victoria? ¿Les dictó la sabiduría ó la cólera de Europa? ¿Son eternos é inmóviles como esos rios y esas montañas que la naturaleza ha puesto como tratados no escritos entre los pueblos? ¿Quién osará decirlo? No, llegará un dia, próximo quizá, en que esos tratados se desgarran por sí propios por la fuerza de las cosas, ante el equilibrio mejor comprendido de la Europa, ante la *voluntad* y la *paciencia* de mi patria.»

IX.

Error seria el creer que el recuerdo de esos tratados se ha borrado de la imaginacion de la Francia; ni el pueblo, ni el ejército, ni el soberano los han olvidado. Fuera de un corto número de industriales, banqueros, hombres de negocios ó de Bolsa, no hay francés que no esté impaciente por sacudir el yugo de esos odiosos tratados.

¿Quién puede suponer que el pais y su soberano, que no retrocedieron ante dos guerras formidables por defender la integridad de Turquía y la independencia de Italia, habian de vacilar ante otra guerra por romper los tratados que mutilaron á la Francia?

La paz ó la guerra dependen, pues, del mantenimiento ó del abandono de esos tratados. No tiene la diplomacia otra cuestion que resolver. Todo lo que diga ó haga fuera de este punto capital no sirve sino para prolongar, agravándolos, los peligros de la situacion.

XI.

¿Cuál será el resultado de esta lucha fratricida, como la llamaba ya Napoleon I, antes de la terrible jornada del 14 de octubre de 1806? ¿Encontrará en ella la Prusia un segundo Jena, ó la Francia un nuevo Waterlloo? Nadie duda que ambas partes se atribuyen anticipadamente la victoria.

Cierto que las circunstancias son hoy distintas; mas si la Prusia ha aumentado su poder considerablemente, la Francia no ha permanecido estacionaria. El segundo imperio, aunque menos estenso, es mas rico, mas compacto, mas poblado, y por consiguiente, mas poderoso que el primero. El ejército prusiano es valeroso y aguerrido; pero ¿lo es mas que los regimientos veteranos de Federico el Grande, que fueron destrozados en Jena? Y por otra parte, el ejército francés que desde hace quince años pasea sus triunfantes banderas por todas las partes del mundo, ¿ha degenerado de sus padres? Los prusianos pueden dirigir esta pregunta á los rusos y austriacos que lo han tenido enfrente, así como á los ingleses é italianos que han combatido á su lado en las últimas guerras.

La Prusia cuenta con numerosas y sólidas reservas: ¿son mas y mejores que las de Francia? ¿Se ha olvidado, por ventura, cuan poco tiempo se necesita para hacer de un pacífico ciudadano francés, un soldado intrépido, y se ha calculado el número de hombres que puede poner sobre las armas un pais de 40 millones de habitantes, en momentos de peligro nacional? La Prusia cuenta, con razon, con sus 20 millones de prusianos; pero ¿está tan segura de la fidelidad de los otros alemanes que acaba de anexionarse por la violencia, y cuyos gobiernos ha humillado tan profundamente?

En cuanto á la marina, que tan importante papel desempeña en las guerras modernas, la flota prusiana no se atreverá de fijo ni aun á presentarse delante de la armada francesa: ¿quién

defenderá, pues, contra nuestras escuadras los puertos de la Prusia y de sus aliados? ¿Quién nos impedirá desembarcar cuerpos de ejército respetables sobre sus flancos y retaguardia, llamando hacia ellos la atención del enemigo, y debilitando su línea principal de ataque?

XII.

Comparando imparcialmente la situación y los recursos de los dos pueblos, se llega á la conclusión, de que si alguna otra potencia no viene á echar su espada en la balanza, las probabilidades de buen éxito no están, de ningún modo, en favor de la Prusia.

¿Qué potencia extranjera podrá acudir en socorro de la Prusia? No será ciertamente el Austria, á menos que esta nación no quiera ayudar á los prusianos á consumir su propia ruina; menos la Italia ni la España, que en todo conflicto europeo deben permanecer neutrales ó marchar á nuestro lado; tampoco la Inglaterra, que no sabría en adelante prescindir de nuestra alianza. Se ha hablado de la Rusia; mas de no atribuir á su gobierno unaceguedad, de que lo consideramos incapaz, puede asegurarse que el Emperador Alejandro se guardará muy bien de arriesgar una nueva guerra contra la Francia.

No existe, pues, en Europa un solo gobierno, un solo pueblo, que no tenga el mayor interés en vivir en buena inteligencia con la Francia.

De todas las naciones europeas, la que mas habria de ganar nuestra amistad, seria á no dudarlo, la Alemania, ó por mejor decir, la Prusia es la que la Alemania se absorbe en estos momentos. Sin esa malhadada cuestión de las provincias rhinianas, que es, para la Francia; cuestión de seguridad y de honra mas que de poder y de provecho, nada podria separar á los dos pueblos, y ambos marcharian en adelante unidos como hermanos, fomentando con su poderosa iniciativa el progreso de la civilización.

XIII.

No es de hoy desde que la Prusia y la Francia están vendadas de la comunidad de sus intereses, y los hombres de Estado de ambos países han comprendido la necesidad de una alianza. No dependió de Federico el Grande que esta no se realizara durante su reinado, y á pesar del manifiesto de Pilnitz, á pesar de los ataques de la Prusia contra la república, aun á despecho de su conducta antes de Austerlitz. Napoleon no cesó, hasta la víspera de la batalla de Jena, de solicitar esta alianza, hallándose dispuesto á pagarla á un precio considerable.

La antevíspera de la batalla, el 12 de octubre, Napoleon, aunque seguro de vencer, escribia aun al Rey Guillermo ofreciéndole la paz.

Hoy que la Prusia se ha apoderado de casi toda la Alemania, ¿han cambiado por eso sus relaciones con la Francia? Los intereses de los dos pueblos, ¿no son distintos que anteriormente? Todo lo contrario: el engrandecimiento de la Prusia necesita para consolidarse la amistad de la Francia. ¿Cómo pedirá aquella asegurar sus conquistas y retener bajo su dominio, sin temer el porvenir, á los numerosos Estados que á pesar de su sumisión aparente, solo aguardan una eventualidad favorable para sacudir el yugo que detestan, y vuelven sus ojos hacia la Francia esperando de ella su libertad? ¿Seria pues pagar muy cara la seguridad propia, el comprarla por medio de la cesion de un territorio que mas ó menos pronto ha de volver á ser francés?

XIV.

Indudablemente la cesion de las provincias rhinianas agregaria á la Francia 2 ó 3 millones de población y ciudades que son la llave de sus fronteras; pero la Prusia una vez dueña no disputada de toda la Alemania al otro lado del Rhin, aun no comprendiendo lo que les queda á los austriacos, ¿no habrá duplicado su población, su riqueza, sus fuerzas?

Desgraciadamente es de temer que la ambición de la Prusia no quede satisfecha. Despues de haber arrebatado los bienes de los débiles se obstinará probablemente en guardar los de los fuertes, hasta que una sangrienta lección le haya enseñado que los pueblos, como los individuos, no pueden violar impunemente la equidad, y que hay en otra parte jueces para juzgar á los de Berlin

XV.

A la verdad, hubiera sido mucho mas cuerdo y sobre todo mas ventajoso para la Francia y la Alemania, que los soberanos reunidos en Paris con motivo de la Exposición universal, inspirando e en los sentimientos de concordia y de fraternidad que ese grande espectáculo hace nacer en los corazones, se hubiesen entendido para borrar de esos malditos tratados lo que tienen de injusto y de ofensivo para la Francia.

Pero si la guerra que se prepara no puede evitarse, todo hace presumir que será la última. Una vez reducidas Francia y Alemania á sus límites respectivos, habrá desaparecido entre ellas y con los demás Estados todo motivo de contienda. La paz, una paz tanto mas fecunda, cuanto que nada en adelante podrá ya turbarla, reinará del uno al otro extremo de Europa, porque la cuestión de Oriente, única que quedaria por resolver, le seria muy pronto por el acuerdo unánime de las potencias interesadas en mantener la independencia y la integridad del imperio otomano.

XVII.

A los que dudadan basta proponer esta cuestión: ¿uede el Emperador Napoleon antece, con su nombre, sus denes, sus escritos, sus palabras solemnemente pronunciadas, resignarse á ver tranquilamente que la Prusia absorba todos los antiguos Estados de la Alemania, y guardar en sus manos las llaves de la Francia? Cualquiera otro gobierno que el suyo, ¿podria sufrir esa humillación, y consultado el país, daria á ella su asentimiento? Por otra parte, ¿se cree que la Prusia está dispuesta á devolvernos benévolamente nuestros límites nacionales cuando sueña nada menos que en arrebatarnos la Lorena y la Alsacia?

Pero si las cosas son como queda espuesto. ¿no es evidente que la guerra está en las necesidades de la situación?

¿Cuál será el pretexto y quién dará el primer golpe? Los pretextos nunca faltan á dos pueblos que están frente á frente resueltos á batirse. A falta de la cuestión del Luxemburgo, quedan las del Schleswig y de los Estados del Sud. Un simple movimiento de tropas ó un cambio de guarnición en la frontera bastan. Entonces los cañones hablan por sí solos y á veces por ambos lados á la vez. Lo que se ve claro es que la situación es insostenible para los negocios y para la política, y que muy pronto resonará en las orillas del Rhin este grito fatal: es preciso concluir.—Paris 22 de setiembre de 1867.»

LA PEREGRINACION

DB

CHILDE-HAROLD.

POR LORD BYRON.

(Continuacion)

LXXXVI. El tercer dia del noveno mes del año (1), que del poder se lo habia dado todo, escepto la corona, ese mismo dia le hizo descender tranquilamente del trono usurpado por la fuerza y lo depositó en la tierra madre. ¿No nos ha mostrado así la fortuna que la gloria, el poder y todo lo que mas ambicionamos, eso que nos empeñamos en perseguir á través de tantas peligrosas vias, todo es á sus ojos menos envidiable que la tumba? ¿Si el hombre considerase así la existencia, ¡cuán diversos serian sus destinos!

LXXXVII. Salud, fatal estatua, que subsistes todavía en tu austera y majestuosa desnudez, tú que viste, en medio del tumulto de un asesinato, caer á César á tus piés que bañó en sangre, y envolverse en los pliegues de su túnica con la dignidad de un moribundo; víctima inmolada ante tí por la reina de los dioses y de los hombres, la implacable Némesis. ¿Está él, pues, efectivamente muerto y tú tambien, Pompeyo? ¿y qué habiais sido ambos á dos? ¿vencedores de reyes sin número, ó maniqués de teatro?

(1) El 3 de setiembre, victorias de Dumbar y de Worcester; muerte de Cromwell en 1658.

LXXXVIII. Y tú, á quien hirió el rayo, nodriza de Roma, loba, cuyas ubres de bronce parecen derramar todavía la leche de la victoria en ese recinto en que estás situada, como un monumento del arte antiguo..... madre de los sentimientos generosos que el fundador de la gran ciudad bebió en tu pecho salvaje, tú, que fuiste surcada por los carros celestes de Júpiter romano y cuyos miembros están todavía ennegrecidos por el rayo..... ¿no has, pues, olvidado tus dulces cuidados de madre, y velas todavía por tus inmortales hijos de leche?

LXXXIX. Si... mas los que tú criaste han muerto; no existen ya aquellos miembros de hierro; el mundo ha levantado ciudades con los restos de sus sepulcros. Imitadores de lo que les causaba espanto, los hombres han derramado su sangre; han combatido y vencido, y plagiarios de los Romanos han marchado de léos sobre sus huellas; pero nadie ha elevado, nadie era capaz de elevar su dominación á la misma altura; nadie, á excepción de un hombre orgulloso que no está todavía en la tumba, pero que vencido, por sus propias faltas, es hoy el esclavo de sus esclavos....

XC. Juguete de una falsa grandeza, especie de César bastardo, ha seguido con paso desigual su antiguo modelo; pero el alma del Romano había sido vaciada en un molde menos terrestre; con pasiones mas vivas y un criterio frio, estaba dotado de un inmortal instinto que compensaba las flaquezas de un corazón tierno, aunque intrépido: algunas veces, á los piés de Cleopatra, era Alcides sujetando la rueda; pero en seguida recobrando su radiante aureola, podía decir:

XCI. ¡Llegué, ví y vencí! Mas el hombre que había aprestado sus águilas como halcones de caza, para caer sobre su presa al frente de los batallones y que de hecho los condujo por largo tiempo á la victoria, ese hombre de corazón inexorable y que nunca parecía escucharse ni aun á sí mismo, estaba singularmente organizado; solo tenia una debilidad, la última de todas, la vanidad. Su ambición estaba llena de coquetería..... aspiraba..... ¿á qué? ¿qué pretendía? ¿lo sabia el mismo?

XCII. Quiso serlo todo ó nada; no supo esperar á que la tumba viniese al fin á marcarle el nivel; pocos años le hubieran colocado á la altura de los Césares que nuestros pasos huelan. ¡Y para llegar á esto el conquistador levanta sus arcos de triunfo! Para esto la sangre y las lágrimas de la tierra han corrido tanto tiempo y corren todavía, diluvio universal en que el hombre importunado no encuentra arca de salvación, marea que solo baja un momento, para volver á refluir bien pronto!..... ¡Gran Dios! ¡que vuestro arco-iris aparezca todavía en el cielo!

XCIII. ¿Qué fruto recogemos de tan estéril existencia? Nuestros sentidos son limitados, frágil nuestra razón, corta nuestra vida; la verdad es una perla oculta en los abismos y todo se pesa en la engañadora balanza de la costumbre: la opinión es una potencia irresistible, que cubre la tierra con su tenebroso velo, después del cual el bien y el mal son puros accidentes y los hombres tiemblan de que sus juicios no resulten seguros, de que sus libres pensamientos se conviertan en crímenes y en fin, de que no brille mucha luz sobre la tierra.

XCIV. Por esto es que vejetan en una cobarde miseria, por esto se pudren de padre á hijo y de siglo en siglo, orgullosos de su naturaleza, y mueren, finalmente, legando su demencia hereditaria á una raza de tiranos; antes que vivir libres, se matarán entre sí como gladiadores, en la misma arena cubierta de los cadáveres de sus predecesores; así caen unas sobre otras todas las hojas de un mismo árbol.

XCV. Y no hablo de las creencias del hombre: estas quedan entre él y su Criador. Hablo de las cosas averiguadas, reconocidas y que se ven todos los días, á todas horas. Hablo del doble yugo que pesa sobre nosotros y de los confesados designios de la tiranía; señalo el nuevo decreto de los dueños de la tierra, convertidos en monos del que ha poco humilló á los mas altivos y los hizo despertar sobresaltados sacudiendo sus troncos: hombre gloriosamente inmortal, si su brazo poderoso se hubiese limitado á esto.

XCVI. ¿Los tiranos, pues, solo podrán ser vencidos por ti-

ranos, y jamás la libertad encontrará un campeón y un hijo semejante al que la Colombia vió aparecer, cuando ella misma nació á la luz como Palas, virgen sin tacha y armada de puntao en blanco? ó bien, semejantes almas solo pueden formarse en la soledad, en el seno de las selvas vírgenes, al ruido de las mugientes cataratas, en esos lugares en que la naturaleza, tierna madre, sonrió á Washington cuando n ño? ¿Trae ya la tierra tales gérmenes en su seno, y en la Europa no tiene riberas semejantes?

XCVII. Mas la Francia, ébria de sangre, ha vomitado el crimen, y sus naturales han venido á ser funestos para la causa de la libertad: lo han sido y lo serán en todos tiempos y en todos los países. En efecto, los días sombríos que hemos atravesado, después, ese muro de diamante levantado por la ambición entre el hombre y sus esperanzas y por último, el vergonzoso drama recientemente representado en la escena del mundo, todo esto sirve de pretexto á la esclavitud eterna que marchita el árbol de la vida y condena al hombre á una segunda caída, peor que la primera.

XCVIII. Sin embargo, ¡oh libertad! tu bandera destrozada, pero todavía flotante, avanza contra el viento, semejante á la nube que conduce el rayo. Tu voz de bronce, hoy débil y moribunda, es todavía la mas poderosa que hayan respetado las tempestades; tu árbol ha perdido sus flores, y su corteza ya estrenada por el hacha aparece rigurosa y marchita; pero el tronco queda en pié y las semillas están profundamente plantadas en el seno mismo del Norte; esperemos: una primavera mejor nos dará, tal vez, frutos menos amargos.

XCIX. En Roma hay una vieja torre redonda y de un estilo severo; sólida como una fortaleza, sus murallas bastarian para detener á un ejército entero. Elévase solitaria con la mitad de sus almenas; y la yedra que la adorna desde diez mil años, guirnalda de la eternidad, mece su verde follaje sobre las piedras mas maltratadas por el tiempo. ¿Qué era, pues, esta fortaleza? ¿Qué tesoro podía estar en sus cuevas, tan bien guardado y defendido?... La tumba de una mujer.

C. Mas ¿quién era ella, esa majestad de la muerte que tiene por tumba un palacio? ¿Era casta y bella? ¿Digna del tálamo de un rey... ó mas aun, del de un romano? ¿De qué raza de capitanes ó de héroes fué tronco? ¿Tiene una hija heredera de su belleza? ¿Cómo vivió, amó y abandonó la vida? Si se le han tributado tales honores, si se la ha depositado en esta espléndida morada, donde no osarian pudrirse los restos vulgares, ¿no es para consagrar la memoria de un destino mas que mortal?

CI. ¿Fué de esas mujeres que aman á sus esposos, ó de aquellas que solo aman á los esposos de las demás? Que se han conocido de los dos géneros, aun en los siglos mas atrasados; los anales de Roma nos lo atestiguan. ¿Tuvo ella, como Cornelia, la gravedad de una matrona, ó el aire ligero de la graciosa reina de Egipto? ¿Se entregó al placer, ó bien le hizo la guerra, por amor á la virtud? ¿Se inclinó hacia los tiernos sentimientos del corazón, ó, mas sabia, rechazó el amor como un enemigo? Pues estos dos extremos se tocan.

CII. Tal vez murió joven, agobiada por males mas pesados que la tumba monumental que gravita sobre sus ligeras cenizas. Una nube se estendió sobre sus escantos, la tristeza de sus negros ojos vino á profetizar para ella la suerte que el cielo concede á sus favoritos, una muerte precoz; y sin embargo el encanto de un sol ponente se difundía en ella; una claridad en fermiza, el véspero de los moribundos coloraba sus abrasantes mejillas con el tinte rojizo de las hojas de otoño.

CIII. Puede ser tambien que muriese en la vejez, sobreviviendo á sus propios encantos, á sus padres, á sus hijos. Las largas trenzas de sus cabellos blancos recordaban todavía algo de otra época, cuando sus elegantes rizos formaban su orgullo, y sus encantos excitaban en Roma la admiración y la envidia... ¿Mas á qué esas vanas conjeturas? Solo sabemos una cosa: Cecilia Metela murió siendo la esposa del mas opulento de los romanos; y hé aquí el monumento del amor ó del orgullo de su esposo.

CIV. ¡Oh espléndida tumba! yo no sé por qué, pero permaneciendo así cerca de tí, me figuro que he conocido un tiem-

po á la que habita tus bóvedas; y el pasado surge ante mí, al acento de una armonía que me es familiar, solamente el tono ha cambiado y es hoy solemne, como la lejana ondulacion del trueno que el viento conduce hasta nosotros. Sí, quiero sentarme al pié de esos muros tapizados de yedra, hasta que mi ardorosa imaginacion haya dado cuerpo á mis pensamientos. Quiero evocar esas formas que flotan acá y allá, entre los restos de un inmenso naufragio.

CV. Con las tablas rotas, esparcidas sobre las rocas, quiero que la esperanza me construya una barquilla, para desafiar de nuevo las olas del Océano y los estrepitosos arrecifes y los eternos bramidos, que cercan la solitaria playa en que he visto perecer todo cuanto he amado. Mas ¡ay! aun cuando con los deshechos respetados por la tempestad pudiera construirme una tosea chalupa, ¿á qué costa la dirigiria? No hay ya asilo, esperanza, existencia, que tenga encantos para mí: solo amo lo que está aquí.

CVI. ¡Rujan, pues, los vientos! su voz será en adelante mi melodía, y durante la noche los buhos vendrán á mezclar sus lúgubres gritos, como lo hacen ahora que las sombras nocturnas empiezan á estenderse sobre las moradas de los pájaros de las tinieblas. Ellos se contestan los unos á los otros sobre el monte Palatino, abriendo anchos ojos grises y brillantes y agitando sus alas. En presencia de semejante monumento, ¿qué son nuestros mezquinos dolores?... Yo no sabria hablar aquí de los míos.

CVII. El ciprés y la yedra, el espino y el alhelí, enlazados en masas compactas; montones de tierra hacinados sobre lo que fueron en otro tiempo habitaciones, arcos rotos, columnas divididas en pedazos, bóvedas hundidas, frescos en los húmedos subterráneos donde los contemplan los buhos, como miran ellos los objetos de noche; ¿todo esto fueron templos, baños ó palacios? Dígalo el que pueda; todo lo que la ciencia ha podido asegurar es que son paredes. ¡Ved ese monte habitado por los emperadores! Así caen los poderes de la tierra.

CVIII. ¡Tal es la moralidad de toda historia, eterna repeticion de lo pasado! primero la libertad, despues la gloria; riqueza, vicio, corrupcion y en fin barlarie. Así la historia, con todos sus enormes volúmenes, tiene una sola página, una página, escrita principalmente en los sitios en que la fastuosa tiranía acumuló todos los tesoros, todas las delicias de los ojos y de oido, del corazon, del alma y del lenguaje..... Mas las palabras son inútiles: acercáos.

CIX. Venid á admirar y á entusiasmaros; venid á sonreír de desden y á verter llantos..... que aquí hay sitio para todos esos sentimientos. ¡Hombre, balancin suspendido entre una sonrisa y una lágrima! siglos é imperios están confusamente amontonados en ese reducido espacio; esa montaña, hoy casi allanada, sostenia una pirámide de tronos, y los juguetes de la gloria la coronaron de tal esplendor, que los rayos del sol al reflejarse en ella parecian doblar su brillo. ¿Dónde están esos dorados techos? ¿Dónde están los hombres que osaron construirlos?

CX. ¡Tulio fué menos elocuente que tu columna sin nombre, cuya base está enterrada! ¿Dónde están los laureles que cubrieron la frente de César? Tejedme una corona con las yedras que tapizan las ruinas de sus palacios. ¿A qué esa columna, ese arco de triunfo? ¿A Tito, á Trajano? No; es el trofeo del Tiempo. Arcos de triunfo, columnas, el tiempo se goza en cambiar vuestros nombres, y la estatua de un apóstol sube á ocupar el sitio de la urna imperial.

CXI. Esa urna en que las cenizas dormian á tan sublime altura, amortajadas en los aires, en el cielo azul de Roma y vecinas de las estrellas. El alma que un tiempo las animó, era bien digna de semejante albergue; el alma del que dió, el último, leyes á la tierra entera, al mundo romano; porque despues de él ninguno sostuvo la carga, ninguno conservó sus conquistas. Fué mas que un Alejandro: la disolucion y el asesinato de un amigo no manchan su memoria: su frente serena estaba adornada de todas las virtudes de un monarca; y hoy dia todavía adoramos el nombre de Trajano.

CXII. ¿Dónde está la colina de los triunfos, el alto sitio en

donde Roma abrazaba á sus héroes? ¿Dónde está la roca Tarpeya? ese digno fin de una carrera de perfidias, ese promontorio desde el cual era precipitado el traidor, para curar su ambicion. ¿No es aquí donde los vencedores colgaban los ópimos despojos? Sí, y allá bajo, en esa llanura, duermen mil años de luchas reducidas al silencio: este es el Foro que ha repetido tantas voces inmortales y donde, en el aire elocuente, la palabra de Ciceron respira y abraza todavía.

CXIII. Campo de batalla en que reinaron la libertad, los bandos, la gloria y la matanza; allí se exhalaban las pasiones de un pueblo orgulloso, desde las primeras horas de ese imperio, aun en su germen, hasta aquella en que no le quedó nada por conquistar en el mundo. Pero mucho tiempo antes de este término se habia velado el rostro, y la anarquía habia usurpado sus atributos, hasta los dias en que todo soldado audaz, pudo hollar con sus piés un senado de esclavos trémulos y mudos ó comprar las voces venales que se le prostituian.

CXIV. Apartemos nuestras miradas de todos esos tiranos, y volvámoslas hácia el último tribuno de Roma, ¡hácia tí, que quisiste rescatarla de sus tristes siglos de vergüenza; hácia tí, el amigo de Petrarca, la esperanza de Italia, ó Rienzi, el último de los romanos! Mientras nazca una hoja del marchito tronco del árbol de la libertad, deberá formarse una guirnalda para tu tumba, porque tú fuiste el campeón del foro, el verdadero jefe del pueblo, un nuevo Numa, cuyo reinado, ¡ay! fué harto corto.

CXV. ¡Egería! dulce creacion de un corazon que, para descansar, no ha encontrado sobre la tierra asilo tan bello como tu seno ideal; cualquiera que sea tu origen, nueva aurora aérea, ninfa imaginaria, engendrada por una desesperacion amorosa, ó aun tal vez, beldad terrestre que recibe en estos bosques un homenaje poco comun, una adoracion entusiasta; tú fuiste siempre un bello pensamiento revestido de una forma encantadora.

CXVI. Tu elísea onda rocía aun el musgo de tu fuente: una gruta protege la superficie límpida que los siglos no han hollado y que refleja todavía las dulces miradas del genio del lugar. El arte de los hombres ha dejado de desfigurar tu verde y salvaje orilla: tu ola trasparente no está ya condenada á dormir en una cárcel de mármol; mana con dulce murmullo de los piés de la estatua mutilada, y serpentea acá y allá, entre los matorrales, la yedra y las plantas salvajes que se arrastran entre las zadas en fantástico desorden.

CXVII. Las verdes colinas aparecen esmaltadas y cubiertas de precoces flores; el lagarto de ojos de fuego se desliza bajo la yerba y los cantos de los pájaros del verano saludan al caminante. Las frescas corolas de mil plantas de variadas especies parecen conjurarle á que suspenda su marcha, y sus matices diversos danzan al soplo de la brisa, como una vasta rueda de hadas. La dulce violeta acariciada por el aura del cielo, parece reflejar su color en sus bellos ojos azules.

CXVIII. Aquí, bajo esta encantada sombra en donde tú habitas, ¡ó divina Egería! aquí tu celeste corazon palpitaba al reconocer de lejos los pasos de un mortal adorado, la media noche estenderá sobre esa misteriosa entrevista su velo resplandeciente, en el que parecen multiplicarse las estrellas; tú te sentabas junto á tu adorado amante: ¿y qué pasaba entonces? Esta gruta parece, á la verdad, construida espresamente para proteger las afecciones de una diosa, para ser el templo del amor puro..... el mas antiguo de todos los oráculos.

CXIX. Correspondiendo á su ternura, ¿has unido tú, en efecto, tu corazon celeste á un corazon puramente humano? ¿Has respondido con inmortales trasportes, á ese amor que muere como nació, en un suspiro? ¿Ha llegado en efecto tu poder hasta comunicar esa porcion de tu sér, hasta dar la pureza del cielo á los goces de la tierra? ¿has podido, sin embotarla, quitar á la flecha el veneno, esa saciedad que lo marchita todo, y desarraigar del alma las yerbas mortales que la ahogan?

(Se continuará.)